

Historia de las ciudades

Martín Mora Martínez

P07/80053/00041

Índice

Introducción	5
Objetivos	6
1. Historia de las urbes	7
1.1. El ámbito urbano: de los lugares a los espacios	7
1.2. Cuerpo y urbe	9
1.3. Habitar: ¿psicología o urbanismo?	11
1.4. La urbe como forma de vida	13
2. Formas de la urbe	23
2.1. Metrópolis	23
2.2. Ciudad panorama / ciudad museo	25
2.3. De la metrópolis a la metápolis	26
2.4. Cartografiar o narrar	29
3. Personajes liminares	32
3.1. Transeúnte o cartógrafo	32
3.2. Viandante o narrador	33
3.3. Ícaro y Odiseo	35
3.4. <i>Flâneur</i> , azotacalles, pata de perro	36
Resumen	45
Actividades	47
Bibliografía	48

Introducción

En este módulo se presenta una crónica del espacio urbano y algunos indicios para su problematización. La lógica seguida consiste en plantear algunos ejes históricos y conceptuales de la idea de lo urbano, sus configuraciones a partir de finales del siglo XIX hasta la actualidad, así como algunas formas de la identidad urbana típicas de cada época.

De esta manera, en la primera unidad se desarrollarán conceptos como lo urbano, el espacio y los lugares; la relación entre el cuerpo y el espacio urbano; la relación polémica entre el urbanismo y la psicología; y la presentación de la urbe como una forma de vida.

En la segunda unidad, veremos una historia de las formas de la urbe en algunas de sus expresiones: como metrópolis y distintas formas de ciudad (panorama, museo, metápolis). Además, abordaremos una propuesta alternativa de trabajo urbano desde el enfoque de Michel de Certeau.

En la tercera unidad, en sintonía con la propuesta de Certeau, introducimos el debate en diferentes tensiones analíticas y sus expresiones como personajes de la urbe: como personajes liminales. Aparecerán, por lo mismo, los vaivenes estratégicos entre la contemplación de la urbe y su intervención con prácticas de espacio, el paseo ocioso y la aparición del viandante, la descripción y la planeación urbana o la intervención del investigador como actor en el juego de estas prácticas y la conclusión en una especie de apología del paseante como personaje ineludible de nuestras ciudades.

Se ofrece, asimismo, una introducción a la problemática de lo urbano en relación con la globalización, con la intención de estudiarla con mayor detenimiento en el siguiente módulo.

Objetivos

Con la lectura y discusión de este módulo, estaréis en condiciones de problematizar el ámbito urbano en la dimensión que va desde el urbanismo y la planeación de expertos en arquitectura, hasta la aparición de la psicología social como propuesta de análisis y práctica social. Por este motivo, se estará en condiciones de:

1. Conocer las características de la historia del ámbito urbano a partir del siglo XIX.
2. Comprender la tensión entre el ámbito urbano visto como lugar y como espacio.
3. Apreciar el ámbito urbano como narración y como práctica social de espacio.
4. Distinguir algunas formas del ámbito urbano.
5. Identificar formaciones de identidad urbana como formas de vida, desde un enfoque de personajes liminares.

1. Historia de las urbes

1.1. El ámbito urbano: de los lugares a los espacios

El espacio urbano es la forma de vida que parece extenderse por los confines del mundo moderno como una forma peculiar de nuestro siglo, y que ha dejado de operar sobre el binomio urbano-rural. En efecto, el espacio de nuestro tiempo quizá deambularía entre los polos de lo urbano y lo comunal: entre la metrópolis con sus formas de sociabilidad pausadas y agitadas, y lo comunal con la apariencia de lo más persistente e íntimo.

El espacio urbano empieza de esta manera, con palabras, signos trazados en la página en blanco. Describir el espacio, practicarlo, nombrarlo, trazarlo, saturarlo con nombres. Al tener a la urbe como discurso, pretexto o simple nomenclatura, basta con cerrar los ojos para que el espacio suscitado por sus palabras, de diccionario o de cuerpo trazado, se anime, se pueble, se realice, nos muestre su verdadera vocación comunicativa mediante la recuperación de las prácticas de los habitantes.

Establezcamos una puntualización importante: el *territorio* debe ser entendido como lo susceptible de ser ocupado, y el *espacio* como lo que es practicado. En otras palabras, el espacio se constituye como una práctica de la narración a partir del territorio, como la consolidación psicosocial de la geometría urbana.

Es muy importante entender que ya no es posible mirar la ciudad desde el paisaje ni la naturaleza desde la ciudad, que es insostenible una dicotomía entre el urbanismo como oposición al ambiente bucólico. Con el desarrollo acelerado de la técnica se ha ocultado, tal vez para siempre, a la naturaleza. Deberá olvidarse la vieja dicotomía entre centro y periferia, cosmos y caos, interior y exterior que ha venido acompañando al hombre técnico surgido en la Grecia clásica.

Conviene puntualizar que las ciudades albergan no sólo una materialidad arquitectónica, sino, especialmente, una serie de maneras de ser, de mirar y de practicar el espacio. Hablaríamos entonces de un estilo, de unos modales, de una red de prácticas emplazadas en las ciudades. Unos modales propios de los **urbanitas** entendidos no como habitantes de la ciudad, sino como practicantes de lo urbano y cuyo ejemplo más delicado es el **transeúnte**.

Son inevitables (y deseables) las relaciones con disciplinas distintas pero encaminadas hacia lo urbano: la arquitectura, el urbanismo, la antropología, la etnología, la sociología, la economía, etc., porque estamos convencidos de que no existe ninguna disciplina que no haga del humano, del urbano, su horizonte. En suma, el espacio urbano echa raíces en nuestras formas de la corporalidad. El espacio urbano es la mezcla de la carne y de la piedra, como lo traduce bellamente Richard Sennett¹ al señalarnos que

"Los espacios urbanos cobran forma en buena medida a partir de la manera como las personas experimentan un cuerpo." (Sennett, 1997: 394).

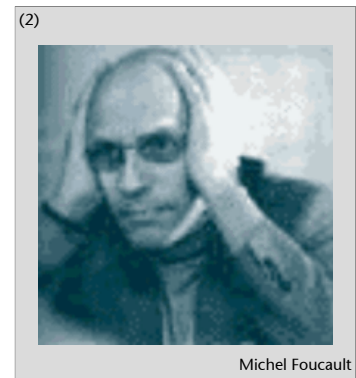
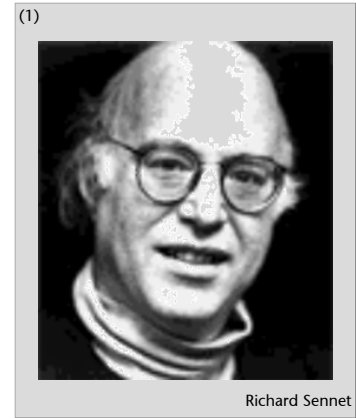
El espacio urbano es el ámbito de los ámbitos. El espacio de los mil y un espacios como ventanas, puertas, puentes. Es la encrucijada que cierra y abre las relaciones: de la construcción de la memoria con la materialidad hecha recuerdos; de las narraciones vitales con las prácticas narradas.

Cuando Michel Foucault² presenta una célebre y polémica conferencia en el Cercle d'Études Architecturales en 1967, permite iniciar una provechosa distinción entre la **utopía** como el emplazamiento sin lugar real, el proyecto en el tiempo; y la **heterotopía** como los contraemplazamientos simultáneos, empalmados en el espacio. Como lugares fuera de todos los lugares, aunque perfectamente localizables.

Es posible establecer otra distinción entre la ciudad como un territorio planificado y utópico y lo urbano como un espacio de naturaleza practicada y heterotópica.

Ejemplo

Para tener una visión literaria de estas configuraciones espaciales y de sus personajes, recomendamos la lectura de los relatos de Jorge Luis Borges³ *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*; *El Aleph* y *La Biblioteca de Babel*, o del libro *Historia universal de la infamia*.



El espacio urbano no es tan sólo una sumatoria de dificultades o de oportunidades físicas, ni tampoco una simple adición de equipamientos que cada uno utiliza para trabajar, disfrutar, consumir, distraerse, vivir. El espacio público es también una continua escenificación. Es el lugar por excelencia de la *sociabilidad* en el sentido de Georg Simmel⁴: en donde los extraños se cruzan, conversan y conocen a "otros", a desconocidos, en condiciones aparentemente de igual a igual, siempre en el registro de la espontaneidad y de la improvisación. La posición social de cada participante parece no jugar un rol tan directo para fijar las segregaciones, reagrupamientos o evitaciones. Parece quedar un margen de autonomía suficiente para que lo excepcional surja del azar. Por este motivo, podríamos afirmar con cierta precisión lo siguiente:

El verdadero lugar urbano es aquel que nos modifica y es capaz, en ciertas circunstancias, de producirnos.

1.2. Cuerpo y urbe

Si se examinan las descripciones y análisis de autores clásicos en la sociología y psicología urbanas como Park, Simmel, Wirth o Tarde, se tendrá la tentación de mirar cuántos tipos de interacción son posibles en la trazadura de las calles. También la proliferación de tipos urbanos característicos: extranjeros, noctámbulos, migrantes, desarraigados, sonámbulos, insomnes, *flâneurs*, aventureros y jugadores. Y como es claro constatar, siempre con una connotación masculina que no puede ser producto del azar. Parece como si lo femenino siguiera perteneciendo al ámbito de lo doméstico, de lo privado.

Según Michel de Certeau⁵, conviene separar de la geometría unívoca la experiencia de un "afuera" que marca la relación con el mundo. Es decir, distinguir entre los lugares y los espacios. Certeau lo presenta en su extraordinaria obra *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, en la tercera parte: "Prácticas de espacio".

Un **lugar** es el orden cualquiera de elementos distribuidos en relaciones de coexistencia y en el que queda eliminada la posibilidad de que dos cosas se encuentren en el mismo sitio y de manera simultánea. Alude a la idea de **territorio**, enunciada líneas arriba.

"Ahí impera la ley de lo 'propio': los elementos considerados están unos al lado de otros, cada uno situado en un sitio 'propio' y distinto que cada uno define. Un lugar es pues una configuración instantánea de posiciones. Implica una indicación de estabilidad." (Certeau, 2000: 129).



Hay **espacio** cuando se toman en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable del tiempo. Por el mismo motivo, el espacio es un cruce de movilidades y el efecto producido por las operaciones que lo temporalizan. A diferencia del lugar, carece de la estabilidad de un sitio "propio", no está localizado, es dinámico.

"El espacio es al lugar lo que se vuelve la palabra al ser articulada, es decir, cuando queda atrapado en la ambigüedad de una realización, transformado en un término pertinente de múltiples convenciones, planteado como el acto de un presente (o de un tiempo), y modificado por las transformaciones debidas a contigüidades sucesivas." (Certeau, 2000: 129).

Las prácticas de espacio dinamizan tendencias para dilatar y sustituir el espacio, para abrir ausencias en el *continuum* espacial, densificarlo o miniaturizarlo, ampliarlo o aislarlo. Todas estas figuras modélicas del movimiento hacen aparecer discursos y sueños como similares. Van de un lugar originario (**topos**) a un no lugar (**utopos**) que producen con su marcha una manera de practicar y construir espacios.

Los espacios son las descongelaciones de los témpanos denominados *lugares*. Los espacios son heterotópicos, mientras que los lugares son territoriales y geométricos. Esta observación es importante para distinguir el urbanismo y la psicología ambiental de la psicología social.

Como ocurre en la literatura, en la que es posible distinguir los estilos o maneras de escribir, también se pueden distinguir las maneras de hacer, de caminar, de leer, de producir, de hablar, etc. Estos estilos de actuar generan una creatividad a la que con toda autenticidad cabe denominar *arte*. Para dar cuenta de estas prácticas, Certeau apela a la categoría de **trayectoria**: un movimiento temporal en el espacio, la unidad de una sucesión (hilo de sucesos) diacrónica de puntos recorridos.

Por más útil que sea esta planificación de la trayectoria, siempre se tiene la impresión del punto final y se obvia la articulación temporal de los lugares. Es decir, se privilegia el espacio en relación con el lugar: predomina una huella en lugar de los actos y una reliquia en lugar de las acciones, un desecho y el signo de su desaparición. Por lo tanto, la insistencia de Certeau en su modelo de las **tácticas/ardides** como interruptores dentro de esta lógica binaria y como propulsores de una distinción entre contemplar y recorrer el espacio.

Una nueva precisión en el tema del espacio y sus explicaciones: un suceso es lo que sucede, lo que tiene una sucesión temporal; un relato es una relación de hechos; y un acontecimiento es lo que puede ser contado, una narración.

Espacios vivos como los relatos que los reaniman y los inventan a cada instante. Narración de carne y piedra, decíamos, con Sennett. Casi dan ganas de cantar con Kandinsky la tonada de la fluctuación de la ciudad: "Una gran ciudad construida según todas las reglas de la arquitectura y de pronto, sacudida por una fuerza que desafía los cálculos". El simple gesto del peatón solitario, adormilado, que deambula en busca de su habitual taza de café en su espacio familiar, en el bar de la esquina, ya ha descompuesto la mañana de la ciudad: sin saberlo ni quererlo, ya es un cuerpo que cuaja la relación con la urbe, una urbe inevitablemente incorporada.

1.3. Habitar: ¿psicología o urbanismo?

Certeau resume diciendo que **el espacio es un lugar practicado**. Por lo mismo, la geometría que define la calle desde el punto de vista de los urbanistas, se transforma (para su rabia, siempre inmediata) en espacio por intervención de los caminantes. Se problematiza la relación entre el territorio y el espacio, entre la geometría y la narración. No es ajena entonces la similitud con el proceso de lectura y escritura que ya ha sido analizado de manera profusa por muchos autores: la lectura es el espacio producido por la práctica del lugar que constituye un sistema de signos, esto es, un escrito.

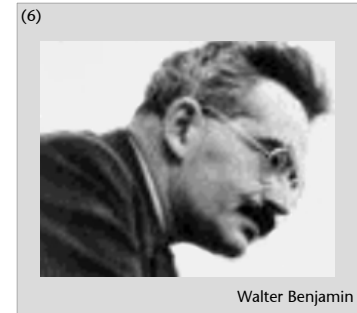
En suma, al distinguir el lugar del espacio es posible añadir movilidad al binomio del mirón y el errante (Certeau, de nuevo) y enlazar tanto con perspectiva y prospectiva como con mapas y recorridos.

Mediante el análisis de las prácticas cotidianas, la oposición entre lugar y espacio remite de manera narrativa a dos posibilidades: una reducible a una ley del lugar, **estar ahí**, como el cadáver que parece fundar un lugar en forma de tumba o lápida; y por otro lado, las operaciones que densifican espacios mediante la agencia humana y en los que un movimiento condiciona la producción de un espacio y de una historia. Perfilan la entidad discursiva que vincula al mapa con el recorrido.

Salta un hecho importante: los relatos efectúan un incesante trabajo de transformación de los lugares en espacios o de los espacios en lugares y organizan los repertorios de relaciones cambiantes que se dan entre unos y otros.

Al contrario de los análisis de Foucault, de lo que se trata es de entender que las triquiñuelas minúsculas de la indisciplina sacan su eficacia de la relación entre el espacio y el procedimiento para hacerlo su operador: hacerlo bailar al son de su música. Hacer hablar al espacio.

La preocupación por el problema del habitar se encuentra en el núcleo del pensamiento social del siglo XIX. Desde entonces, una nostalgia finisecular acuña los conceptos que ya se han convertido en lugar común: la escisión entre la metrópoli abstracta y la comunidad armónica continúa siendo metáfora de la escisión de la vida moderna. La "casa de muñecas" del siglo XIX, el *interieur* burgués, es el lugar en el que se busca inútilmente recomponer la armonía perdida: *confort*, señala el propio Walter Benjamin⁶ en sus notas, proviene de *consuelo*.



Walter Benjamin

Benjamin llamaba la atención sobre la dificultad de trabajar este concepto de manera histórica:

"La dificultad en la reflexión sobre el habitar radica en que, por una parte, se debe reconocer en ella todo aquello que es remoto -quizá eterno-, la imagen de la estancia del hombre en el vientre materno; mientras que, por otra parte, a pesar de este motivo protohistórico, en el habitar debe ser comprendida, en su forma más extrema, una condición de la existencia del siglo XIX." (Benjamin, 1989: 19).

Es indudable que esta nueva inflexión del pensamiento urbano se encuentra difuminada en la acción de una selecta camada de arquitectos a través de los cuales la cultura arquitectónica se pone a tono con los tiempos que corren. Siempre a contrapelo del entender psicosocial de lo urbano. Siempre como pregunta alternativa: analizar el habitamiento de lo urbano, ¿como psicología o como urbanismo?

El desplazamiento de los temas desde la vanguardia metropolitana a la pregunta por el **habitar** ha fragmentado la tensión que permanecía intacta: se ha pasado de un problema histórico a una pregunta por los fundamentos. Quien ha marcado también las nuevas coordenadas para pensar el habitamiento fue Heidegger, al otorgarle un estatuto de objeto privilegiado para permitir la pregunta por el ser.

Heidegger afirmaba, en plena reconstrucción de posguerra, que la falta de habitamiento no era la verdadera necesidad, sino que el problema es que se debe aprender a habitar.

La facilidad con la que un texto plagado de metáforas espaciales puede reconducirse para pensar la construcción del hábitat humano induce rápidamente el desarrollo de un sinfín de teorías arquitectónicas y urbanas ya instaladas en un clima de crítica abierta al modernismo, a su ambición cuantificadora. En esta encrucijada, la psicología y el urbanismo se encuentran con las manos puestas en los extremos de un mismo objeto: lo urbano y sus maneras de habitar.

Finalmente, hay otra operación que tiene importantes consecuencias en un campo como el de la cultura urbana, que ha sido marcado por los instrumentos de la lingüística y también por los problemas filosóficos de la existencia moderna que la tradición estructuralista francesa localiza mediante los estudios lingüísticos. El punto de coincidencia entre esta filosofía y reflexión urbana radica en la posibilidad de lectura de la arquitectura y de la ciudad como una narración, hilvanada mediante prácticas del espacio, como señalan Foucault o Certeau.

1.4. La urbe como forma de vida

El orden espacial está organizado como una retahíla de posibilidades y prohibiciones, y el caminante efectúa una labor de actualización selectiva en la que hace que algunas estén y otras desaparezcan, las desplaza, improvisa, inventa atajos, sobrepasa e irrumpe en los límites dados a cada lugar. El orden espacial es seleccionado.

Como apunta Barthes, el usuario de la ciudad toma fragmentos del enunciado para actualizarlos en secreto. El caminante crea discontinuidad, esto es, una retórica en la cual la marcha hace móvil al medio ambiente hilando una sucesión de lugares que establecen, mantienen o interrumpen el contacto: lugares de conexión, *topoi fálicos*.

Reaparece el estilo para señalarse como el arte de dar vueltas a las frases tal y como se dan vueltas y rodeos en los recorridos. Como lenguaje ordinario que es, esta práctica de la hibridez, *ars combinatoria*, combina estilos y usos con todo el mérito de una manera de hacer.

Si las prácticas del espacio, al igual que los tropos retóricos, hacen que haya tanto sentidos literales como figurados, entonces el espacio geométrico de una apabullante cantidad de urbanistas, arquitectos y psicólogos ambientales parece funcionar como si fuera el "sentido propio" y normativo que los lingüistas construyen para distinguir las desviaciones propias del sentido figurado.

Lo cierto es que, en la calle, en el uso peatonal parece no existir este sentido propio. La gente desconoce las instrucciones de uso que los expertos atribuyen a cada espacio urbano. Ésta parece que es sólo una ficción producida por el uso particular metalingüístico de la ciencia que se peculiariza por la distinción.

Por el mismo motivo, el énfasis continuado para problematizar estas normalizaciones que el urbanismo produce: trastocar los usos del espacio, reinventar el habitamiento de los lugares, reordenar al gusto de la gente aquello que ha sido diseñado fríamente desde la planeación centralizada.

Bibliografía

Puede encontrarse una buena crónica de estas relaciones con la ciudad en la obra siguiente:

F. de Azúa (1999). *La invención de Caín*. Madrid: Alfabeta.

Plantear la urbe como una forma de vida nos lleva a conectar con su origen. La metrópolis que anunciaron Charles Baudelaire⁷, Simmel y Benjamin como formas de vida nacientes a finales del siglo XIX. Los análisis de este ascenso metropolitano se hacen desde ciudades emblemáticas: Berlín para Simmel y Benjamin; París para Baudelaire.

El nacimiento de la metrópolis es visto, con matices distintos en los tres autores, como una celebración de lo urbano. Celebración de la metrópolis en tanto ciudad real, rescate de las posibilidades de experiencia humana en relación con el fenómeno urbano, reivindicación del espacio público de la ciudad y como ámbito apropiado para esto. Estas coordenadas constituyen, en realidad, una forma de mirar la ciudad cuyas claves deben buscarse en la sociología urbana desde la Escuela de Chicago, y en la que Sennett y Berman son deudores directos de la tríada de autores arriba citados.

Organizada a principios de siglo, la Escuela de Chicago incorporó también como base a Simmel, pero su lectura se centraba en aspectos diferentes de los indicados por él para el caso de Venecia. En Chicago se seleccionan los aspectos culturalistas de Simmel: esto es, la lectura de la ciudad como un determinante de la cultura (en un sentido amplio). Era un Simmel, además, leído en la clave "antiurbana" que caracterizaba el pensamiento norteamericano: la metrópolis era el ámbito destructor de las relaciones y la cultura de la "comunidad". En todo caso, la calle es la protagonista de esta literatura, el lugar de la experiencia urbana, de la experiencia moderna por excelencia.

La celebración de la metrópolis a la que llevan estas ideas tiene indudablemente un sentido progresista en un contexto antiurbano como el norteamericano, pero es también indudable que borra buena parte de las aproximaciones de los observadores críticos en los que se apoya, como Simmel y Benjamin. Para este último, la multitud exultante de Baudelaire tiene como contrapartida la turba amenazadora. Dicha diferencia se nota con claridad en la reivindicación que a menudo se realiza de Haussmann como un constructor de espacios públicos, de una ciudad para paseantes, mediante su estupendo proyecto de los bulevares en París.

En muchos sentidos, Haussmann puede ser descrito como el estratega burgués, el destructor del París "onírico" y laberíntico de Baudelaire (el París de los pasajes), el que privilegia la ciudad del tránsito: es el constructor de la ciudad moderna cuyo advenimiento era inevitable. Y con este advenimiento, una nueva forma de vida: la metropolitana.

Simmel lo resume de manera brillante en su ensayo de 1903, *Las grandes urbes y la vida del espíritu*:

(7)



Charles Baudelaire

Contenido complementario

Para ver una imagen de la gran ciudad como nueva forma del ámbito urbano y del temor que inspiraba, se recomiendan películas como por ejemplo *Metrópolis*, *El Gabinete del Doctor Galigari* o incluso *Nosferatu*, en la versión de Murnau.

"El mayor problema de la vida moderna deriva de la exigencia por parte del individuo de mantener la autonomía y la individualidad de su propia existencia contra el sistema opresivo de las fuerzas sociales, de las tradiciones históricas, de la cultura externa, y del aspecto tecnológico de la existencia." (Simmel, 2001: 376).

Bibliografía

G. Simmel (2001). *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura* (pp. 247-261⁸). Barcelona: Península.

⁽⁸⁾G. Simmel (2001). *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura* (pp. 247-261). Barcelona: Península.

Las grandes urbes y la vida del espíritu

Los más profundos problemas de la vida moderna manan de la pretensión del individuo de conservar la autonomía y peculiaridad de su existencia frente a la prepotencia de la sociedad, de lo históricamente heredado, de la cultura externa y de la técnica de la vida (la última transformación alcanzada de la lucha con la naturaleza, que el hombre primitivo tuvo que sostener por su existencia *corporal*). Ya se trate de la llamada del siglo XVIII a la liberación de todas las ligazones históricamente surgidas en el estado y en la religión, en la moral y en la economía, para que se desarrolle sin trabas la originariamente naturaleza buena que es la misma en todos los hombres; ya de la exigencia del siglo XIX de juntar a la mera libertad la peculiaridad conforme a la división del trabajo del hombre y su realización que hace al individuo particular incomparable y lo más indispensable posible, pero que por esto mismo lo hace depender tanto más estrechamente de la complementación por todos los demás; ya vea Nietzsche en la lucha más despiadada del individuo o ya vea el socialismo, precisamente en la contención de toda competencia, la condición para el pleno desarrollo de los individuos; en todo esto actúa el mismo motivo fundamental: la resistencia del individuo a ser nivelado y consumido en un mecanismo técnico-social. Allí donde son cuestionados los productos de la vida específicamente moderna según su interioridad, por así decirlo, el cuerpo de la cultura según su alma (tal y como esto me incumbe a mí ahora frente a nuestras grandes ciudades), allí deberá investigarse la respuesta a la ecuación que tales figuras establecen entre los contenidos individuales de la vida y los supraindividuales, las adaptaciones de la personalidad por medio de las que se conforma con las fuerzas que le son externas.

El fundamento psicológico sobre el que se alza el tipo de individualidades urbanitas es el *acrecentamiento de la vida nerviosa*, que tiene su origen en el rápido e ininterrumpido intercambio de impresiones internas y externas. El hombre es un ser de diferencias, esto es, su consciencia es estimulada por la diferencia entre la impresión del momento y la impresión precedente. Las impresiones persistentes, la insignificancia de sus diferencias, las regularidades habituales de su transcurso y de sus oposiciones, consumen, por así decirlo, menos consciencia que la rápida aglomeración de imágenes cambiantes, menos que el brusco distanciamiento en cuyo interior lo que se abarca con la mirada es la imprevisibilidad de impresiones que se imponen. En tanto que la gran urbe crea precisamente estas condiciones psicológicas (a cada paso por la calle, con el *tempo* y las multiplicidades de la vida económica, profesional, social), produce ya en los fundamentos sensoriales de la vida anímica, en el *quantum* de consciencia que esta nos exige a causa de nuestra organización como seres de la diferencia, una profunda oposición frente a la pequeña ciudad y la vida del campo, con el ritmo de su imagen senso-espiritual de la vida que fluye más lenta, más habitual y más regular.

A partir de aquí se torna conceptuable el carácter intelectualista de la vida anímica urbana, frente al de la pequeña ciudad que se sitúa más bien en el sentimiento y en las relaciones conforme a la sensibilidad. Pues éstas se enraízan en los estratos más inconscientes del alma y crecen con la mayor rapidez en la tranquila uniformidad de costumbres ininterrumpidas. Los estratos de nuestra alma transparentes, conscientes, más superiores, son, por el contrario, el lugar del entendimiento. El entendimiento es, de entre nuestras fuerzas interiores, la más capaz de adaptación; por lo que sólo el *sentimiento* más conservador sabe que tiene que acomodarse al mismo ritmo de los fenómenos. de este modo, el tipo del urbanita (que, naturalmente, se ve afectado por cientos de modificaciones individuales) se crea un órgano de defensa frente al desarraigo con el que le amenazan las corrientes y discrepancias de su medio ambiente externo: en lugar de con el sentimiento, reacciona frente a éstas en lo esencial con el entendimiento para el cual, el acrecentamiento de la consciencia, al igual que produjo la misma causa, procura la prerrogativa anímica. Con esto, la reacción frente a aquellos fenómenos se traslada al órgano psíquico menos perceptible, distante al máximo de la profundidad de la personalidad.

Esta racionalidad, reconocida de este modo como un preservativo de la vida subjetiva frente a la violencia de la gran ciudad se ramifica en y con múltiples fenómenos particulares. Las grandes ciudades han sido desde tiempos inmemoriales la sede de la economía monetaria, puesto que la multiplicidad y aglomeración del intercambio económico proporciona al medio de cambio una importancia a la que no hubiera llegado en la escasez del trueque campesino. Pero economía monetaria y dominio del entendimiento están en la más profunda conexión. Les es común la pura objetividad en el trato con hombres y cosas, en el que se empareja a menudo una justicia formal con una dureza despiadada. El hombre puramente racional es indiferente frente a todo lo auténticamente individual, pues a partir de esto resultan relaciones y reacciones que no se agotan con el entendimiento lógico (precisamente como en el principio del dinero no se presenta la individualidad de los fenómenos). Pues el dinero sólo pregunta por aquello que les es común a todos, por el valor de cambio que nivela toda cualidad y toda peculiaridad sobre la base de la pregunta por el mero cuánto. Todas las relaciones anímicas entre personas se fundamentan en su individualidad, mientras que las relaciones conforme al entendimiento calculan con los hombres como con números, como con elementos en sí indiferentes que sólo tiene interés por su prestación objetivamente sopesable; al igual que el urbanita calcula con sus proveedores y sus clientes, sus sirvientes y bastante a menudo con las personas de su círculo social, en contraposición con el carácter del círculo más pequeño, en el que el inevitable conocimiento de las individualidades produce del mismo modo inevitablemente una coloración del comportamiento plena de sentimiento, un más allá de sopesar objetivo de prestación y contraprestación.

Lo esencial en el ámbito psicológico-económico es aquí que en relaciones más primitivas se produce para el cliente que encarga la mercancía, de modo que productor y consumidor se conocen mutuamente. Pero la moderna gran ciudad se nutre casi por completo de la producción para el mercado, esto es, para consumidores completamente desconocidos, que nunca entran en la esfera de acción del auténtico productor. En virtud de esto, el interés de ambos partidos adquiere una objetividad despiadada; su egoísmo conforme a entendimiento calculador económico no debe temer ninguna desviación por los imponderables de las relaciones personales. Y, evidentemente, esto está en una interacción tan estrecha con la economía monetaria, la cual domina en las grandes ciudades y ha eliminado aquí los últimos restos de la producción propia y del intercambio inmediato de mercancías y reduce cada vez más de día en día el trabajo para clientes, que nadie sabría decir si primeramente aquella constitución anímica, intelectualista, exigió la economía monetaria o si ésta fue el factor determinante de aquélla. Sólo es seguro que la forma de la vida urbanita es el suelo más abonado para esta interacción. Lo que tan sólo desearía justificar con la sentencia del más importante historiador inglés de las constituciones: en el transcurso de toda la historia inglesa, Londres nunca actuó como el corazón de Inglaterra, a menudo actuó como su entendimiento y siempre como su bolsa.

En un rasgo aparentemente insignificante en la superficie de la vida no unifican, no menos característicamente, las mismas corrientes anímicas. El espíritu moderno se ha convertido cada vez más en un espíritu calculador. Al ideal de la ciencia natural de transformar el mundo en un ejemplo aritmético, de fijar cada una de sus partes en fórmulas matemáticas, corresponde la exactitud calculante a la que la economía monetaria ha llevado la vida práctica; la economía monetaria ha llenado el día de tantos hombres con el sopesar, el calcular, el determinar conforme a números y el reducir valores cualitativos a cuantitativos. En virtud de la esencia calculante del dinero ha llegado a la relación de los elementos de la vida una precisión, una seguridad en la determinación de igualdades y desigualdades, un carácter inequívoco en los acuerdos y convenios, al igual que desde un punto de vista externo todo esto se ha producido por la difusión generalizada de los relojes de bolsillo. Pero son las condiciones de la gran ciudad las que para este rasgo esencial son tanto causa como efecto. Las relaciones y asuntos del urbanita típico acostumbran a ser tan variados y complicados, esto es, por la aglomeración de tantos hombres con intereses tan diferenciados se encadenan entre sí sus relaciones y acciones en un organismo tan polinómico, que sin la más exacta puntualidad en el cumplimiento de las obligaciones y prestaciones, el todo se derrumbaría en un caos inextricable. Si todos los relojes de Berlín comenzaran repentinamente a marchar mal en distintas direcciones, aunque sólo fuera por el espacio de una hora, todo su tráfico vital económico y de otro tipo se perturbaría por largo tiempo. A este respecto es pertinente, en apariencia todavía de forma externa, la magnitud de las distancias que convierten todo esperar y esperar en vano en un sacrificio de tiempo en modo alguno procurable. De este modo, la técnica de la vida urbana no sería pensable sin que todas las actividades e interacciones fuesen dispuestas de la forma más puntual en un esquema temporal fijo, suprasubjetivo.

Pero también aquí hace su aparición lo que en general sólo puede ser la única tarea de estas reflexiones: que desde cada punto en la superficie de la existencia, por mucho que parezca crecer sólo en y a partir de ésta, cabe enviar una sonda hacia la profun-

didad del alma; que todas las exteriorizaciones más triviales están finalmente ligadas por medio de líneas direccionales con las últimas decisiones sobre el sentido y el estilo de la vida. La puntualidad, calculabilidad y exactitud que las complicaciones y el ensanchamiento de la vida urbana le imponen a la fuerza, no sólo están en la más estrecha conexión con su carácter económico-monetarista e intelectualista, sino que deben también colorear los contenidos de la vida y favorecer la exclusión de aquellos rasgos esenciales e impulsos irracionales, instintivos, soberanos, que quieren determinar desde sí la forma vital, en lugar de recibirla como una forma general, esquemáticamente precisada desde fuera. Si bien no son en modo alguno imposibles en la ciudad las existencias soberanas, caracterizadas por tales rasgos esenciales, sí son, sin embargo, contrapuestas a su tipo. Y a partir de aquí se explica el apasionado odio de naturalezas como las de Ruskin y Nietzsche contra la gran ciudad; naturalezas que sólo en lo esquemáticamente peculiar, no precisable para todos uniformemente, encuentran el valor de la vida y para las cuales, por tanto, el valor de la vida surge de la misma fuente de la que brota aquel odio contra la economía monetaria y contra el intelectualismo.

Los mismos factores que se coagulan conjuntamente de este modo en la exactitud y precisión al minuto de la forma vital en una imagen de elevadísima impersonalidad, actúan, por otra parte, en la dirección de una imagen altamente personal. Quizá no haya ningún otro fenómeno anímico que esté reservado tan incondicionadamente a la gran ciudad como la indolencia. En primer lugar, es la consecuencia de aquellos estímulos nervioso que se mudan rápidamente y que se apiñan estrechamente en sus opuestos, a partir de los cuales también nos parece que procede el crecimiento de la intelectualidad urbanita, por cuyo motivo hombres estúpidos y de antemano muertos espiritualmente no acostumbran a ser precisamente indolentes. Así como un disfrutar de la vida sin medida produce indolencia, puesto que agita los nervios tanto tiempo en sus reacciones más fuertes hasta que finalmente ya no alcanzan reacción alguna, así también las impresiones más anodinas, en virtud de la velocidad y divergencias de sus cambios, arrancan a la fuerza a los nervios respuestas tan violentas, las arrebatan aquí y allá tan brutalmente, que alcanzan sus últimas reservas de fuerzas y, permaneciendo en el mismo medio ambiente, no tienen tiempo para reunir una nueva reserva. La incapacidad surgida de este modo para reaccionar frente a nuevos estímulos con las energías adecuadas a ellos, es precisamente aquella indolencia, que realmente muestra ya cada niño de la gran ciudad en comparación con niños de medios ambientes más tranquilos y más libres de cambios.

Con esta fuente fisiológica de la indolencia urbanita se reúne la otra fuente que fluye en la economía monetaria. La esencia de la indolencia es el embotamiento frente a las diferencias de las cosas, no en el sentido de que no sean percibidas, como sucede en el caso del imbécil, sino de modo que la significación y el valor de las diferencias de las cosas y, con ello, las cosas mismas, son sentidas como nulas. Aparecen al indolente en una coloración uniformemente opaca y grisácea, sin presentar ningún valor para ser preferidas frente a otras. Este sentimiento anímico es el fiel reflejo subjetivo de la economía monetaria completamente triunfante. En la medida en que el dinero equilibra uniformemente todas las diversidades de las cosas y expresa todas las diferencias cualitativas entre ellas por medio de diferencias acerca del cuánto, en la medida en que el dinero, con su falta de color e indiferencia, se erige en denominador común de todo valor, en esta medida, se convierte en el nivelador más pavoroso, socava irremediablemente el núcleo de las cosas, su peculiaridad, su valor específico, su incomparabilidad. Todas nadan con el mismo peso específico en la constantemente móvil corriente del dinero, residen todas en el mismo nivel y sólo se diferencian por el tamaño del trozo que cubren en éste. En algún caso particular, esta coloración, o mejor dicho decoloración, de las cosas por medio de su equivalencia con el dinero, puede ser imperceptiblemente pequeña; pero en la relación que el rico tiene con los objetos adquiribles con dinero, es más, quizá ya en el carácter global que el espíritu público otorga ahora en todas partes a estos objetos, se ha acumulado en magnitudes sumamente perceptibles.

Por esto las grandes ciudades, en las que en tanto que sedes principales del tráfico monetario la adquiribilidad de las cosas se impone en proporciones completamente distintas de lo que lo hace en relaciones más pequeñas, son también los auténticos parajes de la indolencia. En ella se encumbra en cierto modo aquella consecuencia de la aglomeración de hombres y cosas que estimula al individuo a su más elevada prestación nerviosa; en virtud del mero crecimiento cuantitativo de las mismas condiciones, esta consecuencia cae en su extremo contrario, a saber: en este peculiar fenómeno adaptativo de la indolencia, en el que los nervios descubren su última posibilidad de ajustarse a los contenidos y a la forma de vida de la gran ciudad en el hecho de negarse a reaccionar frente a ella; el automantenimiento de ciertas naturalezas al precio de desvalorizar todo el mundo objetivo, lo que al final desmorona inevitablemente la propia personalidad en un sentimiento de igual desvalorización.

A la par que el sujeto tiene que ajustar completamente consigo esta forma existencial, su automantenimiento frente a la gran ciudad le exige un comportamiento de naturaleza social no menos negativo. La actitud de los urbanitas entre sí puede caracterizarse desde una perspectiva formal como de reserva. Si al contacto constantemente externo con innumerables personas debieran responder tantas reacciones internas como en la pequeña ciudad, en la que se conoce a todo el mundo con el que uno se tropieza y se tiene un relación positiva con cada uno, entonces uno se atomizaría internamente por completo y caería en una constitución anímica completamente inimaginable. En parte esta circunstancia psicológica, en parte el derecho a la desconfianza que tenemos frente a los elementos de la vida de la gran ciudad que nos rozan ligeramente en efímero contacto, nos obligan a esta reserva, a consecuencia de la cual a menudo ni siquiera conocemos de vista a vecinos de años y que tan a menudo nos hace parecer a los ojos de los habitantes de las ciudades pequeñas como fríos y sin sentimientos.

Sí, si no me equivoco, la cara interior de esta reserva externa no es sólo la indiferencia, sino, con más frecuencia de la que somos conscientes, una silenciosa aversión, una extranjería y repulsión mutua, que en el mismo instante de un contacto más cercano provocado de algún modo, redundaría inmediatamente en odio y lucha. Toda la organización interna de un tráfico vital extendido de semejante modo descansa en una plataforma extremadamente variada de simpatías, indiferencias y aversiones tanto del tipo más breve como del más duradero. La esfera de la indiferencia no es aquí tan grande como parece superficialmente; la actividad de nuestra alma responde casi a cada impresión por parte de otro hombre con una sensación determinada de algún modo, cuya inconsciencia, carácter efímero y cambio parece tener que sumirla sólo en una indiferencia. De hecho, esto último nos sería tan antinatural como insoponible la vaguedad de una sugestión sin orden ni concierto recíproco, y de estos dos peligros de la gran ciudad nos protege la antipatía, el estadio latente y previo del antagonismo práctico. La antipatía provoca las distancias y desviaciones sin las que no podría ser llevado a cabo este tipo de vida: su medida y sus mezclas, el ritmo de surgir y desaparecer, las formas en las que es satisfecha, todo esto forma junto con los motivos unificadores en sentido estricto el todo inseparable de la configuración vital urbana: lo que en ésta aparece inmediatamente como disociación es en realidad, de este modo, sólo una de sus más elementales formas de socialización.

Pero esta reserva, junto con el sonido armónico de la aversión oculta, aparece de nuevo como forma o ropaje de una esencia espiritual de la gran ciudad mucho más general. Confiere al individuo una especie y una medida de libertad personal para las que en otras relaciones no hay absolutamente ninguna analogía: se remonta con ello a una de las grandes tendencias evolutivas de la vida social, a una de las pocas para las que cabe encontrar una fórmula aproximativa general.

El estadio más temprano de las formaciones sociales, que se encuentra tanto en las formaciones históricas, como en las que se están configurando en el presente, es éste: un círculo relativamente pequeño, con una fuerte cerrazón frente a círculos colindantes, extraños o de algún modo antagonistas, pero en esta medida con una unión tanto más estrecha en sí mismo, que sólo permite al miembro individual un mínimo espacio para el desenvolvimiento de cualidades peculiares y movimientos libres, de los que es responsable por sí mismo. Así comienzan los grupos políticos y familiares, así las formaciones de partidos, así las comunidades de religión; el automantenimiento de agrupaciones muy jóvenes exige un estricto establecimiento de fronteras y una unidad centrípeta y no puede por ello conceder al individuo ninguna libertad y peculiaridad de desarrollo interno y externo.

A partir de este estadio, la evolución social se encamina al mismo tiempo hacia dos direcciones distintas y, sin embargo, que se corresponde. En la medida en que el grupo crece (numérica, espacialmente, en significación y contenidos vitales, en precisamente esta medida, se relaja su unidad interna inmediata, la agudeza de su originaria delimitación frente a otros grupos se suaviza por medio de relaciones recíprocas y conexiones; y al mismo tiempo, el individuo gana una libertad de movimiento muy por encima de la primera y celosa limitación; y una peculiaridad y especificidad para la que la división del trabajo ofrece ocasión e invitación en los grupos que se han tornado más grandes. Según esta fórmula se han desarrollado el estado y el cristianismo, los gremios y los partidos políticos y otros grupos innumerables, a pesar, naturalmente, de que las condiciones y fuerzas específicas del grupo particular modifiquen el esquema general.

Pero también me parece claramente reconocible en el desarrollo de la individualidad en el marco de la vida de la ciudad. La vida de la pequeña ciudad, tanto en la Antigüedad como en la Edad Media, ponía al individuo particular barreras al movimiento y relaciones hacia el exterior, a la autonomía y a la diferenciación hacia el interior, bajo las cuales el hombre moderno no podría respirar. Incluso hoy en día, el urbanita,

trasladado a una ciudad pequeña, siente un poco la misma estrechez. Cuanto más pequeño es el círculo que conforma nuestro medio ambiente, cuanto más limitadas las relaciones que disuelven las fronteras con otros círculos, tanto más temprano una peculiaridad cuantitativa o cualitativa haría saltar en pedazos el marco del todo.

Desde este punto de vista, la antigua Polis parece haber tenido por completo el carácter de la pequeña ciudad. La constante amenaza a su existencia por enemigos cercanos y lejanos provocó aquella rígida cohesión en las relaciones políticas y militares, aquella vigilancia del ciudadano por el ciudadano, aquel celo de la totalidad frente al individuo particular, cuya vida particular era postrada de este modo en una medida tal respecto de la que él, a lo máximo, podía mantenerse mediante el despotismo sin daño alguno para su casa. La inmensa movilidad y agitación, el peculiar colorido de la vida ateniense se explica quizás a partir del hecho de que un pueblo de personalidades incomparablemente individuales luchase contra la constante presión interna y externa de una desindividualizadora pequeña ciudad. Esto produjo una atmósfera de tensión en la que los más débiles fueron postrados y los más fuertes fueron excitados a la apasionada autoafirmación. Y, precisamente con esto, alcanzó en Atenas su estado floreciente aquello que, sin poder describirlo exactamente, debe caracterizarse como "lo general humano" en el desarrollo espiritual de nuestra especie.

Pues ésta es la conexión cuya validez, tanto objetiva como histórica, se afirma aquí: los contenidos y formas de la vida, más amplios y más generales, están ligados interiormente con las más individuales; ambos tienen su estadio previo común o también su adversario común en formaciones y agrupaciones angostas, cuyo automantenimiento se resiste lo mismo frente a la amplitud y generalidad fuera de ellas como frente al movimiento e individualidad libres en su interior. Así como en el feudalismo el hombre "libre" era aquel que estaba bajo el derecho común, esto es, bajo el derecho del círculo social más grande, pero no era libre aquel que, bajo exclusión de éste, sólo tenía su derecho a partir del estrecho círculo de una liga feudal, así también hoy en día, en un sentido espiritualizado y refinado, el urbanita es "libre" en contraposición con las pequeñeces y prejuicios que comprimen al habitante de la pequeña ciudad. Pues la reserva e indiferencias recíprocas, las condiciones vitales espirituales de los círculos más grandes, no son sentidas en su efecto sobre la independencia del individuo en ningún caso más fuertemente que en la densísima muchedumbre de la gran ciudad, puesto que la cercanía y la estrechez corporal hacen tanto más visible la distancia espiritual; evidentemente, el no sentirse en determinadas circunstancias en ninguna otra parte tan solo y abandonado como precisamente entre la muchedumbre urbanita es sólo el reverso de aquella libertad. Pues aquí, como en ningún otro lugar, no es en modo alguno necesario que la libertad del hombre se refleje en su sentimiento vital como bienestar.

No es sólo la magnitud inmediata del ámbito y del número de hombres la que, a causa de la correlación histórico-mundial entre el agrandamiento del círculo y la libertad personal, interno-externa, convierte a la gran ciudad en la sede de lo último, sino que, entresacando por encima de esta vastedad visible, las grandes ciudades también han sido las sedes del cosmopolitismo. De una manera comparable a la forma de desarrollo del capital (más allá de una cierta altura el patrimonio acostumbra a crecer en progresiones siempre más rápidas y como desde sí mismo), tan pronto como ha sido traspasada una cierta frontera, las perspectivas, las relaciones económicas, personales, espirituales, de la ciudad aumentan como en progresión geométrica, cada extensión suya alcanzada dinámicamente se convierte en escalón, no para una extensión semejante, sino para una próxima más grande. En aquellos hilos que teje cual araña desde sí misma, crecen entonces como desde sí mismos nuevos hilos, precisamente como en el marco de la ciudad el *unearned increment* de la renta del suelo proporciona al poseedor, por el mero aumento del tráfico, ganancias que crecen completamente desde sí mismas.

En este punto, la cantidad de la vida se transforma de una manera muy inmediata en la cualidad y carácter. La esfera vital de la pequeña ciudad está en lo esencial concluida en y consigo misma. Para la gran ciudad es decisivo esto: que su vida interior se extiende como crestas de olas sobre un ámbito nacional o internacional más amplio. Weimar no constituye ningún contraejemplo, porque precisamente esta significación suya estaba ligada a personalidades particulares y murió con ellas, mientras que la gran ciudad se caracteriza precisamente por su esencial independencia incluso de las personalidades particulares más significativas; tal es la contraimagen y el precio de la independencia que el individuo particular disfruta en su interior.

La esencia más significativa de la gran ciudad reside en este tamaño funcional más allá de sus fronteras físicas: y esta virtualidad ejerce de nuevo un efecto retroactivo y da a su vida peso, importancia, responsabilidad. Así como un hombre no finaliza con las fronteras de su cuerpo o del ámbito al que hace frente inmediatamente con su actividad, sino con la suma de efectos que se extienden espacial y temporalmente

a partir de él, así también una ciudad existe ante todo a partir de la globalidad de los efectos que alcanzan desde su interior más allá de su inmediatez. Este es su contorno real, en el que se expresa su ser.

Esto ya indica que hay que entender la libertad individual el miembro complementador lógico e histórico de tal amplitud, no en sentido negativo, como mera libertad de movimiento y supresión de prejuicios y estrechez de miras; lo esencial en ella es, en efecto, que la especificidad e incomparabilidad que en definitiva posee toda naturaleza en algún lugar, se exprese en la configuración de la vida. Que sigamos las leyes de la propia naturaleza (y esto es, en efecto, la libertad), se torna entonces por vez primera, para nosotros y para otros, completamente visible y convincente cuando las exteriorizaciones de esta naturaleza también se diferencian de aquellas otras; ante todo nuestra intransformabilidad en otros demuestra que nuestro tipo de existencia no nos es impuesto por otros.

Las ciudades son en primer lugar las sedes de la más elevada división del trabajo económica; producen en su marco fenómenos tan extremos como en París la beneficiosa profesión del *Quatorzièm*: personas, reconocibles por un letrado en sus viviendas, que se preparan a la hora de la comida con las vestimentas adecuadas para ser rápidamente invitadas allí donde en sociedad se encuentran 13 a la mesa. Exactamente en la medida de su extensión, ofrece la ciudad cada vez más las condiciones decisivas de la división del trabajo: un círculo que en virtud de su tamaño es capaz de absorber una pluralidad altamente variada de prestaciones, mientras que al mismo tiempo la aglomeración de individuos y su lucha por el comprador obliga al individuo particular a una especialización de la prestación en la que no pueda ser suplantado fácilmente por otro.

Lo decisivo es el hecho de que la vida de la ciudad ha transformado la lucha con la naturaleza para la adquisición de alimento en una lucha por los hombres, el hecho de que la ganancia no la procura aquí la naturaleza, sino el hombre. Pues aquí no sólo fluye la fuente precisamente aludida de la especialización, sino la más profunda: el que ofrece debe buscar provocar en el cortejado necesidades siempre nuevas y específicas. La necesidad de especializar la presentación para encontrar una fuente de ganancia todavía no agotada, una función no fácilmente sustituible, exige la diferenciación, refinamiento y enriquecimiento de las necesidades del público, que evidentemente deben conducir a crecientes diferencias personales en el interior de este público.

Y esto conduce a la individualización espiritual en sentido estricto de los atributos anímicos, a la que la ciudad da ocasión en relación a su tamaño. Una serie de causas saltan a la vista. En primer lugar, la dificultad para hacer valer la propia personalidad en la dimensión de la vida urbana. Allí donde el crecimiento cuantitativo de significación y energía llega a su límite, se acude a la singularidad cualitativa para así, por estimulación de la sensibilidad de la diferencia, ganar por sí, de algún modo, la consciencia del círculo social: lo que entonces conduce finalmente a las rarezas más tendenciosas, a las extravagancias específicamente urbanitas del ser especial, del capricho, del preciosismo, cuyo sentido ya no reside en modo alguno en los contenidos de tales conductas, sino sólo en su forma de ser diferente, de destacar-se y, de este modo, hacerse notar; para muchas naturalezas, al fin y al cabo, el único medio, por el rodeo sobre la consciencia del otro, de salvar para sí alguna autoestimación y la consciencia de ocupar un sitio. En el mismo sentido actúa un momento insignificante, pero cuyos efectos son bien perceptibles: la brevedad y rareza de los contactos que son concedidos a cada individuo particular con el otro (en comparación con el tráfico de la pequeña ciudad). Pues en virtud de esta brevedad y rareza surge la tentación de darse uno mismo acentuado, compacto, lo más característicamente posible, extraordinariamente mucho más cercano que allí donde un reunirse frecuente y prolongado proporciona ya en el otro una imagen inequívoca de la personalidad.

Sin embargo, la razón más profunda a partir de la que precisamente la gran ciudad supone el impulso hacia la existencia personal más individual (lo mismo da si siempre con derecho y si siempre con éxito) me parece ésta: el desarrollo de las culturas modernas se caracteriza por la preponderancia de aquello que puede denominarse el espíritu objetivo sobre el subjetivo; esto es, tanto en el lenguaje como en el derecho, tanto en las técnicas de producción como en el arte, tanto en la ciencia como en los objetos del entorno cotidiano, está materializada en suma de espíritu cuyo acrecentamiento diario sigue el desarrollo espiritual del sujeto sólo muy incompletamente y a una distancia cada vez mayor. Si, por ejemplo, abarcamos de una ojeada la enorme cultura que desde hace cientos de años se ha materializado en cosas y conocimientos, en instituciones y en comodidades, y comparamos con esto el progreso cultural de los individuos en el mismo tiempo (por los menos en las posiciones más elevadas), se muestra entonces una alarmante diferencia de crecimiento entre ambos, es más, en algunos puntos se muestra más bien un retroceso de la cultura del individuo en re-

lación a la espiritualidad, afectividad, idealismo. Esta discrepancia es, en lo esencial, el resultado de la creciente división del trabajo; pues tal división del trabajo requiere del individuo particular una realización cada vez más unilateral, cuyo máximo crecimiento hace atrofiarse bastante a menudo su personalidad en su totalidad. En cualquier caso, frente a la proliferación de la cultura objetiva, el individuo ha crecido menos y menos. Quizá menos conscientemente que en la praxis y en los oscuros sentimientos globales que producen de ella, se ha reducido a una *quantité négligeable*, a una partícula de polvo frente a una enorme organización de cosas y procesos que poco a poco le quitan de entre las manos todos los progresos, espiritualidades, valores y que a partir de la forma de la vida subjetiva pasan a la de una vida puramente objetiva.

Se requiere sólo la indicación de que las grandes ciudades son auténticos escenarios de esta cultura que crece por encima de todo lo personal. Aquí se ofrece, en construcciones y en centros docentes, en las maravillas y comodidades de las técnicas que vencen al espacio, en las formaciones de la vida comunitaria y en las instituciones visibles del estado, una abundancia tan avasalladora de espíritu cristalizado, que se ha tornado impersonal, que la personalidad, por así decirlo, no puede sostenerse frente a ello. Por una parte, la vida se le hace infinitamente más fácil, en tanto que se le ofrecen desde todos los lados estímulos, intereses, rellenos de tiempo y consciencia que le portan como en una corriente en la que apenas necesita de movimientos natorios propios. Pero por otra parte, la vida se compone cada vez más y más de estos contenidos y ofrecimientos impersonales, los cuales quieren eliminar las coloraciones e incomparabilidades auténticamente personales; de modo que para que esto más personal se salve, se debe movilizar un máximo de especificidad y peculiaridad, se debe exagerar esto para ser también por sí misma, aunque sólo sea mínimamente. La atrofia de la cultura individual por la hipertrofia de la cultura objetiva es un motivo del furioso odio que los predicadores del más extremo individualismo, Nietzsche el primero, dispensan a las grandes ciudades; por lo que precisamente son amados tan apasionadamente en las grandes ciudades, y justamente aparecen a los ojos de los urbanitas como los heraldos y salvadores de su insatisfechísimo deseo.

En la medida en que se pregunta por la posición histórica de estas dos formas del individualismo que son alimentadas por las relaciones cuantitativas de la gran ciudad: la independencia personal y la formación de singularidad personal, en esta medida, la gran ciudad alcanza un valor completamente nuevo en la historia mundial del espíritu. El siglo XVIII encontró al individuo sometido a violentas ataduras de tipo político y agrario, gremial y religioso, que se habían vuelto completamente sin sentido; restricciones que imponían a los hombres a la fuerza, por así decirlo, en forma antinatural y desigualdades ampliamente injustas. En esta situación surgió la llamada a la libertad y a la igualdad: la creencia en la plena libertad de movimiento del individuo en todas las relaciones sociales y espirituales, que aparecería sin pérdida de tiempo en todo corazón humano noble tal y como la naturaleza la ha colocado en cada uno, y a la que la sociedad y la historia sólo habían deformado. Junto a este ideal del liberalismo creció en el siglo XIX, gracias al romanticismo y a Goethe, por una parte, y a la división del trabajo, por otra, lo siguiente: los individuos liberados de las ataduras históricas se querían también diferenciar los unos de los otros. El portador del valor "hombre" no es ya el "hombre general" en cada individuo particular, sino que precisamente unicidad e intransformabilidad son ahora los portadores de su valor. En la lucha y en los cambiantes entrelazamientos de estos dos modos de determinar para el sujeto su papel en el interior de la totalidad, transcurre tanto la historia externa como la interna de nuestro tiempo.

Es función de las grandes ciudades proveer el lugar para la lucha y el intento de unificación de ambos, en tanto que sus peculiares condiciones se nos han manifestado como ocasiones y estímulos para el desarrollo de ambos. Con esto alcanzan un fructífero lugar, completamente único, de significaciones incalculables, en el desarrollo de la existencia anímica; se revelan como una de aquellas grandes figuras históricas en las que las corrientes contrapuestas y abarcadoras de la vida se encuentran y desenvuelven con los mismos derechos. Pero en esta medida, ya nos resulten simpáticas o antipáticas sus manifestaciones particulares, se salen fuera de la esfera que conviene a la actitud del juez frente a nosotros. En tanto que tales fuerzas han quedado adheridas tanto en la raíz como en la cresta de toda vida histórica, a la que nosotros pertenecemos en la efímera existencia de una célula, en esta medida, nuestra tarea no es acusar o perdonar, sino tan sólo comprender. *

* El contenido de este ensayo, por su misma naturaleza, no se remonta a una literatura aducible. La fundamentación y explicación de sus principales pensamientos histórico-culturales está dada en mi *Philosophie des Geldes*.

Actividad

Haced la narración de un espacio urbano cotidiano, utilizando el modelo que se menciona en el libro de Perec, *Especies de espacios*, de ejercicios de observación del capítulo sobre la calle.

2. Formas de la urbe

2.1. Metrópolis

La metrópolis es la forma general que asume el proceso de racionalización de las relaciones sociales en la fase moderna y que puede enclavarse en la expansión capitalista que acompaña al siglo XX. Como forma cultural de la modernidad, ha sido materia de análisis para muchos pensadores de este siglo. De esta modernidad entendida como la realización de una tríada de procesos: industrialización, burocratización y politización.

Se considera que uno de los textos pioneros en el análisis de las urbes modernas es el de la conferencia de 1903, arriba mencionada, que dictó Simmel bajo el nombre de "Las grandes ciudades y la vida del espíritu". Tanto Park como Wirth coinciden en situarlo como texto fundador de las investigaciones urbanas de la Escuela de Chicago, por ejemplo. De Park debe constatar que después de abandonar el periodismo para decantarse por los incipientes estudios sociológicos urbanos estuvo en los cursos de Simmel en la Humboldt Universität de Berlín, durante el curso de 1899-1900, e inspiró, sin duda alguna, sus trabajos sobre el extranjero en la ciudad de Chicago que han influido extraordinariamente en las subsecuentes indagaciones sobre grupos urbanos, personajes anómicos y marginales y guetos en las ciudades.

De esta manera, en otro texto simmeliano que analiza la *sociología del espacio*, se dice que la ciudad "no es una entidad espacial con consecuencias sociológicas, sino una entidad sociológica que está constituida espacialmente" (Simmel, 1977: 137). En efecto, la conexión más clara se da a partir sobre todo del capítulo final del libro sobre el dinero, en el que Simmel analiza con exquisita agudeza el **estilo de vida moderno**.

La metrópolis, forma en la que suele traducirse la noción de **gran ciudad como forma moderna de la urbanización** y que aquí empleamos, es el "asiento de la economía monetaria" y es la forma general que asume el proceso de racionalización de las relaciones sociales que constituyen, asimismo, la evolución de las formas de producción.

En consecuencia, la metrópolis expresa una intelectualización de la vida frente al reto de preservar la vida subjetiva del individuo ante los nuevos aspectos cualitativos y cuantitativos de la realidad urbana.

Este proceso de interiorización de la economía como patrón de las relaciones humanas está en el origen de la actitud hastiada que caracteriza a la metrópolis de la que escriben Baudelaire y Benjamin. Es lo que Simmel apunta al referirse

a la indolencia "como el embotamiento frente a las diferencias de las cosas", que aparecen como uniformemente opacas, grises, devaluadas, equilibradas uniformemente con el dinero como fiel de la balanza.

"La actitud de los urbanitas entre sí puede caracterizarse desde una perspectiva formal como de reserva (...) Sí, si no me equivoco, la cara interior de esta reserva externa no es sólo la indiferencia, sino, con más frecuencia de la que somos conscientes, una silenciosa aversión, una extranjería y repulsión mutua." (Simmel, 2001: 253).

Para Simmel, el mayor problema de la vida moderna deriva de la exigencia por parte del individuo de mantener la autonomía y la individualidad de su propia existencia contra el sistema opresivo de las fuerzas sociales, de las tradiciones históricas, de la cultura externa y del aspecto tecnológico de la existencia.

En este sentido, la base psicológica del tipo de personalidad propia de la sociedad metropolitana consiste en la intensificación de toda clase de estimulaciones nerviosas producidas por los vertiginosos cambios de estímulos internos y externos. De esta manera, el metropolitano es un ser selectivo cuyo tono psicológico es estimulado por la diferencia entre una impresión momentánea y aquella otra que la ha precedido.

El individuo de la urbe, el urbanita, puede ser visto como un nómada. En movimiento perpetuo, obligado a transcurrir, a transbordar la ciudad, a hacer tiempo en correspondencias entre todos los fragmentos de universos pequeños que se tocan, que se enciman, que se penetran mutuamente: bajo el signo de Caín, está obligado a fundar el territorio a su paso, a crear la urbe en la ciudad, a urbanizar la vida.

La vida metropolitana resume lo que Baudelaire veía como típico de la modernidad: lo transitorio, lo fugitivo y lo contingente.

Si lo planteamos esquemáticamente, diremos que las impresiones duraderas, las impresiones que difieren sólo ligeramente unas de otras, y las impresiones conformadas regular y habitualmente, afectan a la conciencia menos que el rápido amontonarse de imágenes y la discontinuidad, que son, éstas sí, condiciones psicológicas específicamente creadas por la metrópolis.

La metrópolis conecta de esta manera con su vocación de cosmopolitismo. La vida urbana se transforma de una manera vital y reclama situaciones decisivas como el hecho de que la vida interior se extienda sobre ámbitos nacionales o internacionales cada vez más amplios: así como la persona no termina en las fronteras de su cuerpo o del ámbito de su actividad, una ciudad existe ante todo como la suma de sus efectos espaciotemporales.

Bibliografía

Para una lectura adicional de Baudelaire, se recomienda el libro *El pintor de la vida moderna*, y especialmente los textos sobre la modernidad, el dandi, el elogio del maquillaje y el militar.

Resulta inevitable esbozar una sonrisa ladeada y socarrona al contrastar estas añejas puntualizaciones simmelianas con la cacareada novedad de lo que denominamos *globalización*, que ha campeado por terrenos académicos como novedad y hasta convertirse en otra versión del pensamiento único.

2.2. Ciudad panorama / ciudad museo

Si lo teórico es lo visual (*theorein*), la **ciudad-panorama** es un simulacro teórico que existe al olvidar las prácticas a ras de suelo y los andares paso a paso. De esta manera, abajo viven los practicantes de la ciudad: los **errantes o caminantes** (*marcheurs, Wandersmänners*), paseantes "cuyo cuerpo obedece a trazos gruesos y finos (caligrafía) de un texto urbano" que "**escriben sin poder leerlo**", como explica Certeau.

En efecto, la búsqueda de una manera de representación aérea de los lugares siempre va enlazada con una **teoría**, con un **panorama**, con un **horizonte**. A final de cuentas, las tres palabras aluden más o menos a lo mismo: **orei**, "lo que hace visible las cosas". De esta manera, para decirlo de paso, la teoría es una metáfora eminentemente visual que ha perdido su poder evocativo para pasar a designar cualquier cosa, menos la mirada y su eje de realización.

Todas estas redes de escritura y textos componen una historia múltiple, sin autor ni espectador, formada por trayectorias y alteraciones de espacios: una historia interminable. Las prácticas del espacio son las maneras de hacer, son las operaciones con otra espacialidad que no es una geométrica o geográfica de construcciones visuales, teóricas o panópticas. Son **prácticas antropológicas del espacio** (con el sello de Merleau-Ponty, quien distingue entre espacio geométrico y espacio existencial o antropológico), poéticas y míticas que se inscriben en una ciudad opaca y ciega, trashumante o metafórica. Leer de nuevo a Certeau:

"La vista en perspectiva y la vista en prospectiva constituyen la doble proyección de un pasado opaco y de un futuro incierto en una superficie que puede tratarse (...). Planificar la ciudad es, a la vez, **pensar la pluralidad** misma de lo real y **dar efectividad** a este pensamiento de lo plural; es conocer y poder articular." (Certeau, 2000: 142-143).

El lenguaje del poder juega a los buenos modales y se pone piel de cordero y mirada lánguida: se urbaniza. Sin embargo, la ciudad sigue bullendo fuera del panóptico y su ilusión de dominio. Bajo el discurso ideológico petrificante proliferan los ardides anónimos imposibles de manejar. Una esperanza estará en la sospecha de que las ciudades se deterioran al mismo tiempo que los procedimientos que las han organizado. La ciudad-concepto se desmorona. No obstante, alegremente, puesto que ninguno de los cambios que tanto aterran a los urbanistas es nocivo totalmente.

Como colofón, diremos que de la **ciudad-panorama** se pasa a la **ciudad-concepto**, creada por el discurso utópico y urbanístico y que está definida por una triple operación que la estructura:

- la producción de **un espacio propio** (una ciudad congelada para diseccionarla);
- las resistencias son sustituidas con un **no tiempo**, o sistema sincrónico (una ciudad con identidad intemporal); y
- la creación de **un sujeto universal** y anónimo que es la urbe misma: *la ciudad*.

En suma, una triple congelación: espacio, tiempo, hombre; categorías de una modernidad que, a pesar de todas las vociferaciones posmodernas y sus acólitos, siguen siendo visualizadas como ejes de discusión.

2.3. De la metrópolis a la metápolis

La urbanización ha recibido la presión combinada del crecimiento demográfico y de la emigración rural, y se ha acelerado a partir de los años cincuenta en casi todo el planeta. Este crecimiento de grandes aglomeraciones urbanas plantea problemas políticos, sociales y culturales cada vez más importantes.

La urbanización metropolitana no es imputable exclusivamente a un sistema político y económico particularmente centralizado, ni a una historia específica eurocéntrica u "occidentalizada", como mienten quienes siguen viendo mundos de distinto orden. Es un proceso similar en todo el planeta: una metropolización simultánea a la urbanización más clásica, alimentada en parte con la migración (rural o desde las pequeñas ciudades) y concretada en la extensión y densificación de grandes ciudades. Las grandes urbes, las metrópolis.

Desde siempre, las ciudades han sido polos de acumulación y de concentración de riqueza. Las metrópolis no escapan a esta dinámica, sino que la potencializan. Se desarrollan bajo el signo del dinero, como lo plantea brillantemente Simmel en su *Filosofía del Dinero*: el dinero se convierte en el valor de cambio absoluto y se congela al máximo hasta depositarse como la reserva en oro que sostiene las economías de los países. En efecto, las metrópolis concentran de manera creciente las actividades estratégicas, identificadas por funciones (información, investigación, I+D, comercio) y en sectores de actividad (prensa y editoriales, universitario, administración pública) y de las profesiones, especialmente las liberales (ingeniería y arquitectura, derecho, medicina, psicología, etc.).

La metropolización no consiste sólo en dinámicas "físicas": son también dinámicas sociales y económicas que atraen hacia las ciudades a las categorías sociales más influyentes y más cualificadas. Asimismo, este proceso se distingue por las diferenciaciones socioespaciales: por una parte, segregaciones y exclusiones por medio de guetos; por otra, un aburguesamiento y *gentrificación*.

Con *gentrificación* aludimos al recambio de la población de un área mediante la introducción de grupos sociales "superiores", atraídos por intervenciones de recuperación, tanto inmobiliaria como urbana, de algunas zonas de la ciudad (en Barcelona, pondríamos por caso Ciutat Vella, el Raval, la calle Avinyó, el Borne, etc., zonas de moda y lo más *cool* en la actualidad).



La dinámica de segregación en dos vías lleva a una periferización de las categorías sociales de empleados y técnicos y a una homogeneización social de los barrios intermedios. En los grandes centros urbanos se percibe el crecimiento de una población de solteros y solteras, de parejas jóvenes, de estudiantes. Como es de esperar, este habitamiento distintivo produce la emergencia de actividades apropiadas a esta nueva masa de población: bares y restaurantes, tiendas de moda, cafeterías y bares "de diseño", salas de música y conciertos, discotecas.

Sin embargo, podríamos hacer una observación acerca del proceso de *gentrificación* tal y como se venía dando en los dos extremos del Atlántico (aunque ahora se manifieste una orientación muy parecida). A diferencia de la tendencia europea a reocupar los centros de las ciudades con lo más vanguardista y cotizado, en las ciudades del continente americano el hábitat suburbano está socialmente más valorizado: los suburbios son más atractivos y se produce un

auge vertiginoso de ciudades cerradas o cotos, **guetos residenciales**: cercados por altos muros, con vigilancia en las puertas de acceso y como pequeñas islas de bienestar y alto nivel de vida.

La metrópolis se ha visto con diferentes rostros a lo largo del siglo.

- Con **dominio urbano**, sin lugares, como una red simple de interconexiones compuesta por transportes visibles y de redes de comunicación invisibles, y con una socialidad fundada ya no en la proximidad, sino en el movimiento.
- Con **conurbaciones** que apuntan hacia la megalópolis, y es el caso de ciudades como Caracas, São Paulo, Ciudad de México, Guadalajara o Nueva York.
- Como **ciudades sin centro**, entendidas como regiones con distintos centros simbólicos: histórico, cultural, económico, industrial, etc.
- Como *ex urbis*, *edge-city*, **ciudad porosa**, **telépolis**, **ciudad collage**, **ciudad global**, **ciberciudad**, etc., y todas las categorías experticiales (e inútiles, a decir verdad) que se nos ocurran en los próximos sesenta minutos.

La **metápolis** probablemente tiene el mérito de inscribir en su filiación a la metrópolis y a la megalópolis. En sentido estricto, pueden definirse como el conjunto de espacios en el que se integran, en el funcionamiento cotidiano, toda clase de actividades económicas, territorios y habitantes. Los espacios que la conforman son profundamente heterogéneos y no necesariamente contiguos. Sería, en términos urbanísticos, lo equivalente a la heterotopía foucaultiana.

Se forman a partir de diferentes metrópolis preexistentes: policentradas, más o menos aglomeradas y dispersas, heterogéneas, polarizadas y segmentadas, densas. Siguen dinámicas de crecimiento radiocéntricas o lineales o, incluso, metastásicas, en función de la absorción de territorio que les es posible. Urbanizan el espacio, espacializan los lugares, como diría Certeau.

Esbozar una noción como la de metápolis nos permite afrontar el futuro de las ciudades que ya son un presente en las zonas conurbadas. Puede reflexionarse acerca de la paulatina concentración de gente y actividades en pocos espacios cada vez más enormes. Sería la lógica que permite entender la desaparición de ciudades y poblaciones pequeñas en una densificación tumultuosa que corre el riesgo de explotar o asfixiar progresivamente a las metápolis. Sin embargo, cada progreso de las tecnologías de la comunicación y del transporte las reac-

tivan y cada nueva dinámica urbana incrementa la brecha y la disparidad entre las ciudades. Al fin y al cabo, la tendencia parece ir hacia la creación de una docena de gigantescas ciudades diseminadas por el planeta.

No se trata de un evolucionismo simplista afirmar que el desarrollo de los intercambios y el desarrollo de las ciudades están correlacionados. Las dinámicas urbanas aparecen vinculadas a la evolución de las modalidades de tecnologías de intercambio y comunicación. Es decir, a los medios de comunicación, de distribución de actividades, de conservación y de transporte de bienes y de informaciones.

De esta manera, las primeras ciudades han estado vinculadas a la escritura, en tanto que técnica primaria de comunicación, conservación y desplazamiento de la información. El desarrollo de las nuevas formas de urbanización ha ido de la mano del progreso técnico de las **comunicaciones**: de la escritura a la telemática, pasando por el papiro, el papel, la imprenta, el telégrafo, la radio y la televisión; de las técnicas de **conservación y de acumulación**: las técnicas agrícolas y agroalimentarias como pilares de la urbanización; de las **informaciones**: del papiro y el papel al CD-ROM; de las **riquezas**: desde las piedras y los intercambios hasta la moneda y el dinero electrónico.

Para resumir: metropolización y metápolis constituyen un marco de análisis en el que pueden incluirse fuerzas económicas, sociales, políticas y culturales. Permite el juego de problematización de esta retórica economicista que impera con discurso global y único para explicar las desigualdades en el desarrollo de las urbes contemporáneas.

2.4. Cartografiar o narrar

Certeau parte del análisis de las descripciones que realizan los ocupantes de apartamentos en Nueva York que hicieron Linde y Labov hacia 1975. Ellos reconocían dos tipos de descripciones, que denominaban *map* (**mapa**) y *tour* (**recorrido**). En el primer caso, el modelo es del tipo siguiente: "Al lado de la cocina, está la recámara de las niñas". En el segundo tipo: "Das vuelta a la derecha y entras en la sala de estar".

Una oscilación entre la situación y la trayectoria. Una oscilación que fluctúa entre los extremos de una alternativa: o bien ver (el mirón que se inserta en el orden de los lugares), o bien ir (el paseante que se vuelca en acciones espacializantes). En suma, una fluctuación que o bien presenta cuadros y mapas con un contenido, o bien organiza movimientos, trayectorias, recorridos con instrucciones de marcha.

El caso es que se hallan implicados dos lenguajes simbólicos y antropológicos del espacio y, al parecer, se pasa de uno al otro, de la cultura ordinaria al discurso científico. En el discurso diario, las narraciones de recorrido están punteadas por giros de tipo mapa que tienen varias funciones, a saber:

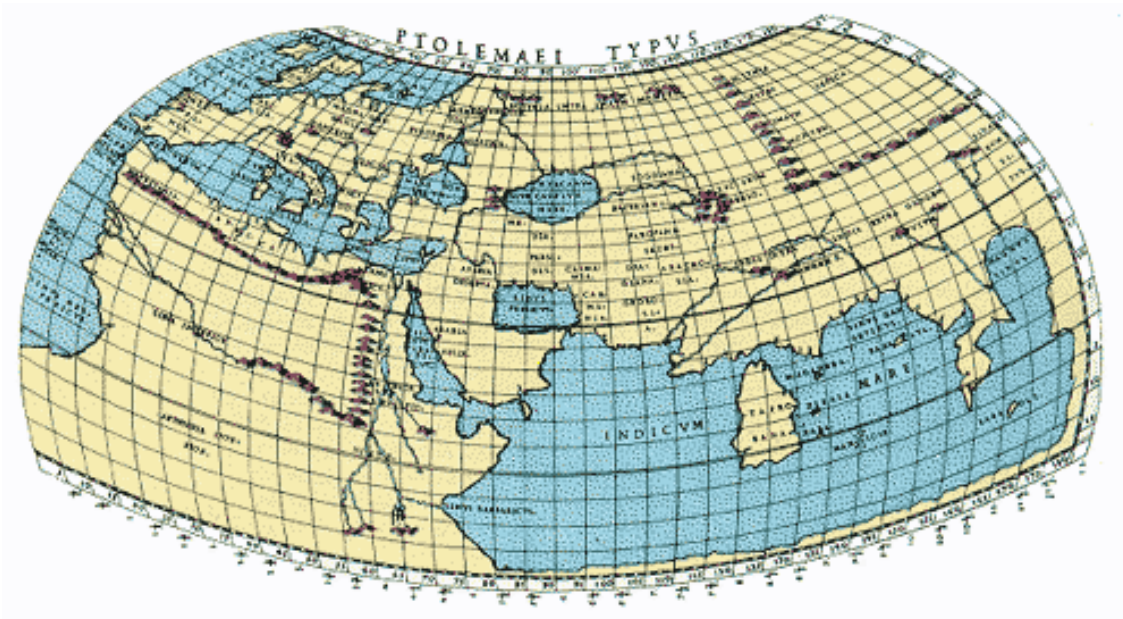
- indicar un efecto obtenido mediante el recorrido ("al pasar por allí, ves...");
- señalar un dato postulable como límite ("...que hay una pared...");
- establecer su posibilidad ("...pero también hay una puerta...");
- o plantear una obligación ("...aunque es de un solo sentido...").

El caso es que la cadena de operaciones espacializantes parece marcada con referencias a lo que produce, lugares, o a lo que implica, un orden local. No resulta extraño, por lo mismo, que los relatos cotidianos estén imbricados de esta manera pero que hayan sido disociados a lo largo del tiempo entre las representaciones literarias y científicas del espacio. Literatura y teoría urbana, novela e historia de vida, ficción y testimonio, invención y memorias, y más dicotomías añejas.

Certeau hace una bella observación cuando evoca que en Atenas siguen llamando al transporte público con su antiguo nombre: *metaphorai*. De esta manera, todo el mundo se monta en metáforas todo el día para ir de un sitio a otro. Y hace ver que los relatos urbanos podrían ser denominados de igual manera, con toda la justicia etimológica posible.

Podría creerse de verdad que las metáforas pueblan hasta los dichos más rutinarios triviales y modestos de los hombres ordinarios, y que todo el lenguaje está sumergido en la marea de los sentidos. Se vería la estrecha relación entre las prácticas de decir y de caminar, y podría vislumbrarse que el tránsito entre lugares puede seguir una de tres modalidades:

- a) epistémica, de conocimiento: "Aquí no es la plaza Nosferatu";
- b) alética, de existencia: "El infierno es un lugar imposible de encontrar"; y
- c) deontológica, de obligación: "De aquí tienes que salir a como dé lugar".



Abundando más sobre **el mapa**, Certeau señala que la forma geográfica actual del mapa aparece en el intervalo de nacimiento del discurso científico moderno (del siglo XV al XVII), y se libra de los itinerarios que eran su condición de posibilidad en cartas anteriores.

En los mapas medievales se consignaban ante todo los trazos rectilíneos de recorridos como indicaciones performativas de los peregrinajes, con la señalización de las etapas que había que seguir en términos de ciudades: dónde dormir, rezar, comer, alojarse, etc., y también las distancias medidas en horas y días de camino.

Eran auténticos memoranda prescriptivos de acciones, de recorridos que había que seguir, en los que domina el recorrido que deberá hacerse. De hecho, en condiciones habituales sigue dándose esta clase de cartografía de ruta⁹. ¿O es que acaso nadie ha dibujado nunca en un papel cualquiera los datos para llegar a una cita o para cumplir con un encargo?

⁹Cartografía de ruta

Bajad por el paseo de Gracia y girad a la izquierda por la calle X (que ya conocéis), hasta llegar frente a la iglesia. A la izquierda está la puerta. Subid cerca de cincuenta escalones por una escalera estrecha y encontraréis la puerta a la derecha. Entrad. Al final del pasillo, en la cocina, abrid el cajón más bajo del armario de la despensa y, encima de las cajas de cereales, encontraréis la comida de la gata.

Actividad

Analizad las características del ámbito metropolitano, averiguad en qué modelo de ciudad vivís y escribid un texto de medio folio explicando el porqué de vuestra selección.

3. Personajes liminares

3.1. Transeúnte o cartógrafo

Dos maneras de mirar corresponden a dos distintos observadores del espacio. No es extraño entender que las proyecciones públicas de un artista como Krzysztof Wodiczko¹⁰ creen a sus espectadores como participantes en el ritual de desvestir a los edificios y monumentos, para reírse del mito que los sostiene. Siendo los espectadores participantes más que activos en el *strip-tease* de la cultura oficial, hibridan sus roles de mirón y de paseante de una manera que Certeau celebraría.

La corrupción del fetichismo de los edificios como panópticos, alminares del control especulativo y del capital inmoralmemente gestado. Ironía callejera: bofetada con guante blanco a usureros y especuladores, a autoridades corruptibles, y a la exquisita *troupe-de-connoisseurs* de la cultura urbana.

En la tensión entre cartografiar o narrar el espacio de las ciudades, resalta la trayectoria que va gestando la ciudad con diferentes atributos: ciudad-panorama, ciudad-monumento, ciudad-concepto. Para el caso de la **ciudad-panorama**, conviene recordar que ejemplifica el espacio como juego de imágenes puestas ante todo para la contemplación.

Las ciudades disfrutables como telón de fondo de un entramado de actividades que, cómo olvidarlo, excluyen y depositan en el extremo opuesto, el del espectador, a sus habitantes.

Ciudades sólo reconocibles en mapas y desde la velocidad del autobús turístico: ciudad de la consigna "mírame pero no me toques".

Por su parte, la **ciudad-monumento** se ofrece a los espectadores como obra de arte regada por doquier. Ciudades al estilo de Florencia, Praga, Guanajuato, por citar algunas. En algunos sentidos, y en partes concretas de la ciudad, Barcelona podría acercarse a esta definición de ciudad. Las quejas más que recurrentes de los habitantes acerca de la plaga extenuante de *guiris*, de turistas, son bastante elocuentes.

En el caso de la **ciudad-concepto**, la separación entre mirones y caminantes de la ciudad se diversifica en relación con el tipo de concepto asociado a la ciudad: ciudad turística, ciudad dormitorio, ciudad fábrica, ciudad de segundas residencias, ciudad patrimonio de la humanidad, ciudad metrópoli, ciu-

Ved también

En el módulo 4 analizaremos algunas de las propuestas artísticas de Wodiczko, ganador del Premio de Arte Hiroshima en 1999.

(10)



Krzysztof Wodiczko



Florencia

dad de paso, etc. En cada caso, las prácticas de apropiación del espacio urbano seguirán sus propias tácticas y harán posible unas peculiares maneras de vivirla, desde ojos mirones y desde pasos errantes.

El número elevado de intentos de reordenación, recuperación y demás eufemismos con los que justifican la tarea de echar del lugar a quienes han ocupado el sitio, al lado de los congresos, reuniones, proyectos de investigación, coloquios sobre el tema, tesis doctorales y similares, son más que significativas de la interminable pugna entre el mirón y el errante que Certeau describe puntualmente.

3.2. Viandante o narrador

Con frecuencia, puede compararse al transeúnte en su papel de paseante con el *yuppie* (acrónimo compuesto por las palabras *young* y *professional*: joven profesional). Este personaje metropolitano por excelencia, protagonista urbano, tiene los medios para aprovechar la ciudad y vivirla al máximo. Si hacemos caso a Amendola, tiene su antagonista:

"Su opuesto es el *yuffie*, el fracasado metropolitano (la *f* está por *failure*, fracaso), que en la dura lucha por el éxito ha sido engullido en la marginalidad física y social de la ciudad." (Amendola, 2000: 125).

La diferencia entre las dos descripciones del espacio no implica una presencia o una ausencia de las prácticas de caminata. Es evidente que están allí, regadas por todas partes. Más bien, los mapas se constituyen como los lugares propios en los que **exponer** los productos del conocimiento formando cuadros legibles.

En cambio, los relatos de espacio exhiben airesamente las operaciones que hacen posible que los lugares propios sean triturados y revolcados por las maneras peculiares de usar estos lugares. De esta manera, los relatos cotidianos cuentan lo que se puede hacer y fabricar: desde una geografía preestablecida extensible desde las recámaras en las que "nada puede hacerse", hasta las bodegas y corrales que "sirven para todo". Los relatos cuentan lo posible: las fabricaciones del espacio.

Los relatos están animados por una contradicción en la que figura la relación existente entre la **frontera** y el **punto**; es decir, entre un espacio (legítimo, cuadrículado por la ley de lo propio) y su exterioridad (extranjera, alienada, bizarra, transgresora). Sin embargo, como todo límite situado mediante coordenadas más o menos claras, también es vínculo y articulación: **también es paso**.

En efecto, allí donde el mapa corta, regionaliza, nacionaliza, separa y localiza, el relato que le acompaña lo atraviesa. De este modo, la narración es **diegética**: instaura un camino y pasa a través de su ruta. Es guía y transgresión, es **topológica** (hecha con las deformaciones del espacio) y no **tópica** (lugares).

El punto de quiebre de las narraciones es el punto ciego en el que la razón falla para entrar en otra dimensión, la del accidente del tiempo: lo imprevisible. Eliminar lo imprevisto como algo ilegítimo, antinatural, excretado, irracional, es impedir la posibilidad de una práctica del espacio viva y mítica en la que la ciudad es una fábula indeterminada, metafórica, indisciplinada.

Los descriptores tipo recorrido de los mapas (el velero como indicación del mar y la navegación, la huella como la dirección de la caminata, la casa como indicación del alojamiento, etc.) van siendo borrados paulatinamente de los mapas. "Coloniza su espacio", dice Certeau, elimina las imágenes pictóricas en provecho de una planicie de líneas que abomina de la profundidad que dan los pictogramas. Sirven bien a la lógica del mirón icariano y no tanto a la del caminante. Por el mismo motivo, el *Wandersmänner*, el *flâneur*, el rompesuelas, el azotacalles, el indigente, el nómada, el extranjero y el pata de perro deambulan desenfadadamente por las calles sin mapa en la mano.

Puntualicemos nuevamente: si bien todo paseante es un transeúnte, no todo transeúnte es un paseante. Dicha tensión resume, posiblemente, la posición entre el urbanista como planificador y el psicólogo social como narrador.

En efecto, es importante la voluntad de desempeñar el rol de observador curioso en las calles para devenir paseante. De ahí que, aunque hablemos continuamente de transeúntes, lo que se busca sobre todo son espectadores participantes de los espacios públicos, "expertos" que no jueguen al disfraz de transeúnte por mera pose académica (algo que saldría mejor sin actuarlo) sino que reflexionen sobre su propia tarea de implicación pública.

Porque el *quid* del asunto radica en procurar el tránsito entre la masificación en la ola de transeúntes y la vocación analítica y observadora, para no sólo mirar pasivamente (como es el rasgo más típico del paseante), sino dirigir la atención, participar de las calles, protestar por el insulto y el maltrato, exigir los derechos de los viandantes ante la ocupación espacial por parte de los automóviles y sus prótesis humanas, ante las zanjas de las eternas obras en la vía pública, frente a la privatización de los espacios públicos y así sucesivamente.

Para resumir: tomar por asalto los espacios públicos como invita Wodiczko, merodear entre el mirón experto y el caminante-practicante del espacio como reclama Certeau, ser nuevamente urbanos como pide insistentemente el filósofo francés Paul Virilio¹¹, jugar a las indisciplinas ante los dispositivos de poder: urbanizar nuevamente la vida.

3.3. Ícaro y Odiseo

De la mano de Certeau, empezamos a partir de imaginarnos en una posición elevada, oteando desde un alminar identificado: el piso 110 del World Trade Center en Nueva York. El francés los cita para argumentar la distinción alegórica entre el Ícaro de la planeación urbana y el Odiseo de la narración vital a ras de suelo. Hasta este momento, no era necesario conocer el sitio físicamente puesto que la invitación era a suspenderse en la mirada desde la altura más que a fomentar un hecho turístico. Este mismo par de edificios borrados en un once de septiembre y que Certeau, visionario, utiliza como emplazamiento altamente simbólico de la modernidad. Su evaporación en las pantallas de televisión cierra un ciclo en el que la modernidad se resquebraja irremediablemente.

Volvamos. De esta manera, en la altura, puede verse que la ciudad se inmoviliza bajo la mirada, que adquiere la apariencia de un mapa, que se aplanan, que se hace cartograma. Con esto, toda variedad de texturas, colores definidos, oposiciones, contrastes e irrupciones se diluyen. Lo mirado se solidifica con notoria **objetividad**. La estratagema de mirada desde lo alto obedece a unas ansias de dominar, de controlar, de vigilar, de ser un panóptico.

Subir para jugar el rol de **mirones** (*voyeurs*) es operar con un intento de separación del dominio de la ciudad, es decir, desprenderse del correa que ata a los lugares con su piedra imantada. Se trata de vencer ese vértigo que atrae en todo abismo y que constituye la razón íntima para que sean temibles las alturas: no es miedo a caer sino a querer arrojarse al vacío. Por esto mismo, el intento vale como vocación de dominio, como la procura del alejamiento en perspectiva que parezca garantizar la excursión por el espacio de lo visto.

De esta manera, ya no se está atado al anonimato del tránsito urbano. Se sale de la masa que mezcla-masifica-diluye la comodidad de nuestras identidades y se hace singular. El que mira domina al objeto mirado.

Sin embargo, en todo caso, la potencia del fenómeno adquiere singularidades que se cuajan en aparentes extremos: quien mira y lo mirado. De esto trata la ficción del conocimiento: ser un punto vidente, un "ojo solar, mirada de dios", como apunta Certeau.



World Trade Center de Nueva York

Conviene recordar que las pinturas medievales y renacentistas construían una perspectiva inexistente *de facto*. Inventan el sobrevuelo en perspectiva caballera y el panorama que hace posible lo observado. Se las ingenian para imaginar los aviones y la posible mirada desde allí: construyen un escorzo muy característico.

En sentido estricto, el dibujo plano desde lo alto resulta más un modelo para construcción de ciudades que una carta de las existentes. Esto significa que la perspectiva que traza estos planos parte de una inclinación menor a los noventa grados, como podría suceder con un escorzo a lo Ícaro que dibujase lo visto.

En efecto, la búsqueda de una manera de representación aérea de los lugares siempre va enlazada con una **teoría**, con un **panorama**, con un **horizonte**. Al fin y al cabo, las tres palabras aluden más o menos a lo mismo, **orei** : "lo que hace visibles las cosas".

La teoría es una metáfora eminentemente visual que ha perdido su poder evocativo para pasar a designar cualquier cosa, menos la mirada y su eje de realización.

El hecho es que justamente la técnica ha podido satisfacer este poder panóptico, al crear toda la parafernalia artefactual y conceptual para dominar el espacio desde las alturas: torres de vigilancia y control, faros, miradores y murallas, *drones*, vigilancia satelital, *proyecto Echelon*, etcétera, ejemplificados por la paranoia extendida que va desde Virilio a Wim Wenders, de Bataille a Bentham, de Foucault al *Imperio* descrito por Hardt y Negri, y en la cual la soberanía mundial pretende soportarse con la fuerza militar del Gobierno de Estados Unidos que en nuestros días ha bombardeado, invadido y colonizado, impune e ilegalmente, Iraq.

3.4. *Flâneur*, azotacalles, pata de perro

"Quien se aburre en el seno de la multitud es un imbécil. Un imbécil y yo lo desprecio."
(Constantin Guys).

Guys, el pintor de la vida moderna, estalla en el ensayo de Baudelaire. Mientras que en el *flâneur* (o el **paseante, como preferimos llamarlo**), como dice Benjamin, "predomina el gozo de la observación", como caracterizó Baudelaire el interés estético de Guys, Simmel es un observador privilegiado dentro de su medio social que se mueve en el terreno anfibio, al lado del sociólogo o psicólogo social que pretende tipificar impresionistamente lo que observa.



Bombas norteamericanas

Siempre a la manera de "**instantáneas**", como Simmel denomina a pequeños ensayos destinados a los periódicos berlineses. El análisis del presente y el perspectivismo que resalta Frisby (1992) como rasgos centrales en la obra de Simmel. Aquí tenéis un apunte de este último:

"La esencia de la modernidad como tal es el psicologismo, la experiencia e interpretación del mundo desde el punto de vista de las reacciones de nuestra vida interior y, de hecho, como un mundo interior, la disolución de los contenidos fijos en un elemento fluido del alma, del que se filtra todo lo esencial y cuyas formas son simples formas del movimiento." (Simmel citado en Frisby, 1992: 94).

En el apogeo de la modernidad (que también es el inicio de su declive), Simmel arremete contra lo que él denomina "la conjura de la casta de los sabios cuya característica es el pedantismo", para plantear un trabajo de una metodología impecable y elegante que contrarreste esta epidemia académica. Como suele decirse, la inteligencia se ha quedado sin trabajo. Simmel no sólo reclama, sino que escribe y vive como un paseante, como nos lo recuerda otra vez Frisby:

"Como vagabundo por el mundo citadino, Simmel puede adoptar una actitud claramente objetiva hacia la realidad social, pues cuenta con el desapego y la necesaria distancia propios del vagabundo." (Simmel citado en Frisby, 1992: 126).

El personaje descrito por Baudelaire como dandi, y que Benjamin tipologiza como *flâneur*, nace sobre todo en las calles del París del siglo XIX, tal y como surgía simultáneamente en el Berlín de Simmel. Para el caso del paseante parisino, fueron los bulevares que Haussmann empezó a cruzar por la ciudad los que contribuyeron a este nuevo urbanita, y también la creación de los pasajes comerciales como su hábitat cotidiano.

Benjamin escribe que antes de Haussmann las aceras eran tan estrechas que ofrecían poca protección a los viandantes ante los vehículos de tracción animal. De ahí que la ampliación de grandes avenidas creara verdaderas plazas públicas en cada uno de los bulevares.

Asimismo, el callejeo difícilmente hubiese prosperado sin los pasajes, esos "pasos entechados con vidrio y revestidos de mármol" que funcionaban para el comercio. De esta manera, a los dos lados de estos pasajes, que recibían su luz desde arriba, se sucedían las elegantes tiendas formando una peculiar forma de relación urbana, "una ciudad, un mundo en pequeño". La combinación de pasajes y bulevares construye no sólo una ciudad diferente, sino a urbanitas distintos que encuentran una alternativa ante el encierro burgués que hace de la casa una especie de santuario inexpugnable y un *bunker*. Los que no tienen domicilio fijo, como Baudelaire mismo, vagando de hotel en hotel, hallan en la calle una nueva configuración de hogar.

El caso es que el paseante se llega a convertir en una especie de **detective a pesar suyo**; se trata de algo que socialmente le va bien porque legitima su paseo ocioso. Practica formas de vida que convienen al ritmo de la ciudad. Como lo quiere Certeau, toma las cosas al vuelo; se sueña cercano al artista.

De hecho, si confiamos en lo que nos revela Benjamin, hacia 1840 fue de buen tono llevar de paseo por los pasajes a tortugas para ejemplificar el *tempo* justo que todo paseante debía imprimir a sus caminatas.

Al margen de excentricidades, puede señalarse que si el pasaje es la forma clásica en la que el paseante imagina su calle, su forma de decadencia es el bazar: es la última comarca del paseante en las metrópolis modernas.

La ciudad moderna exalta la posibilidad de lo imprevisto y de lo fugaz. Crea la voluptuosidad de la moda irreplicable y el valor en el transeúnte, ahora convertido en ocioso y callejero. De esta manera, la ciudad como viaje y como aventura aparece en la narración urbana, literaria y cinematográfica. Aparecen los personajes como Leopold Bloom, en el *Ulises* de James Joyce¹², cuya modernidad radica en su periplo por las calles de Dublín, un catorce de junio cualquiera. O las correrías mironas de Georges Perec¹³ en *Especies de espacios*, *La vida, instrucciones de uso* o *Tentativas de agotamiento de un lugar parisino*. O los viajes ultraurbanos de los personajes de *The Matrix*.

En todos los casos, la modernidad del transeúnte reside en convertir el paseo en una acción abierta, de construcción de una relación de la ciudad con el mundo: trastocar en cosmopolita la vida. Narrarla con pasos de caminante, trazarla con pasos espaciales para recordarla y hacerla siempre significativa.

De esta manera, mientras se desarrolla, el paseo tiene los caracteres de la imprevisibilidad y de la casualidad. El transeúnte no es sólo alguien que no está en casa y está en el umbral de la ciudad, sino que es empujado por el deseo, por la curiosidad, por los objetos y por las mercancías, y su trayectoria urbana es gobernada por la deriva, el nomadeo y la casualidad.

Para finalizar, podemos introducirnos muy brevemente en las modas de la era postindustrial, en la sociedad cibernética y en la globalización. Fenómenos como la desurbanización, la descentralización o la digitalización son discutidos entre arquitectos, urbanistas y psicólogos ambientales. En Londres, Berlín, Barcelona o Ciudad del Cabo nacen nuevos centros que ya no tienen mucho en común con lo que vieron Baudelaire, Simmel, Benjamin o Perec. La desaparición de la organización tradicional de la ciudad industrial, de su centro y sus viviendas encuentra soluciones muy distintas.



Pasaje comercial



James Joyce



Georges Perec

De todas maneras, las nuevas tecnologías de comunicación son la base de muchos proyectos, como los que discutiremos más adelante, y los centros antiguos por los que se paseaban las multitudes y los *flâneurs* en los tiempos de Baudelaire se han convertido en muchos casos en museos al aire libre, foros para la *performance* o en nuevas atracciones turísticas.

El sentido del gran teatro se ha diferido. Se nota una invisibilidad de los espacios económicamente importantes y el intento de una reinención de la ciudad en espacios virtuales. En estas ciudades, los nuevos paseantes son los cibernautas y pueden elegir por sí mismos las arquitecturas y los paisajes.

Bibliografía

G. Perec (2001). *Especies de espacios*, 79-92¹⁴. Barcelona: Ediciones de Intervención Cultural.

⁽¹⁴⁾G. Perec (2001). *Especies de espacios*, 79-92. Barcelona: Ediciones de Intervención Cultural.

La calle

1

Los inmuebles están unos al lado de otros. Están alineados. Está previsto que estén alineados, es una falta grave cuando no están alineados: se dice entonces que están *heridos de alineamiento*, esto quiere decir que se los puede demoler, con objeto de reconstruirlos en alineamiento con otros.

El alineamiento paralelo de dos series de inmuebles determina lo que se llama una calle: la calle es un espacio bordeado, generalmente en sus dos lados más largos, de casas; la calle es lo que separa unas casas de otras, y también lo que permite ir de una casa a otra, bien a lo largo de la calle, bien atravesándola. Además, la calle es lo que permite localizar las casas. Existen diferentes sistemas de localización; el más extendido, en nuestros días y en nuestros climas, consiste en dar un nombre a la calle y unos números a las casas: la cuestión del nombre de las calles es extremadamente compleja y a menudo incluso espinosa, y sobre ella se podrían escribir varias obras: en cuanto a la numeración, no es tan simple como parece: en primer lugar, se decidió que se pondrían los números pares a un lado y los impares al otro (pero, como se pregunta muy bien un personaje de Raymond Queneau en *Le vol d'Icare*: "13 bis, ¿es una cifra par o impar?"), en segundo lugar, que de acuerdo con el sentido de la calle, los números pares estarían a la derecha (y los impares a la izquierda) y, en tercer lugar, que el susodicho sentido de la calle estaría generalmente determinado (aunque conocemos muchas excepciones) por la posición de la susodicha calle en relación con un eje fijo, el Sena en este caso: las calles paralelas al Sena están numeradas de arriba abajo, las calles perpendiculares parten del Sena y se alejan de él (estas explicaciones conciernen a París evidentemente; se puede suponer razonablemente que soluciones análogas han sido pensadas para otras ciudades).

Al contrario que los inmuebles que pertenecen desde casi siempre a alguien, las calles no pertenecen a nadie en principio. Están repartidas, bastante equitativamente, entre una zona reservada a los vehículos automóviles, y que se llama calzada, y dos zonas, evidentemente más estrechas, reservadas a los peatones, que se llaman aceras. Cierta cantidad de calles están enteramente reservadas a los peatones, sea de manera permanente, sea para ciertas ocasiones particulares. Las zonas de contacto entre la calzada y las aceras permiten aparcar a los automovilistas que ya no quieren circular. Como la cantidad de vehículos automóviles deseosos de no circular es mucho más grande que la cantidad de plazas disponibles, se han limitado esas posibilidades de estacionamiento, bien en el interior de ciertos perímetros llamados "zonas azules" con tiempo de estacionamiento limitado, bien, de modo más general, estableciendo un pago por estacionamiento.

No es frecuente que haya árboles en las calles. Cuando los hay, están rodeados de una pequeña reja. Por contra, la mayoría de las calles están equipadas con instalaciones

específicas correspondientes a diversos servicios: hay farolas que se encienden automáticamente cuando la luz del día comienza a decrecer de modo significativo; paradas en las que los usuarios pueden esperar la llegada de los autobuses o de los taxis; cabinas telefónicas, bancos públicos; buzones donde los ciudadanos pueden depositar cartas que el servicio de correos recogerá en horas determinadas; mecanismos de relojería destinados a recibir el dinero necesario para un estacionamiento de tiempo limitado; cestos reservados a los papeles usados y otros detritos, a los que muchas personas echan compulsivamente una mirada furtiva al pasar; semáforos de circulación. Hay igualmente paneles de señalización de carretera que indican, por ejemplo, que conviene aparcar a uno u otro lado de la calle según se esté o no en la primera o en la segunda quincena del mes (lo que se llama un "estacionamiento unilateral alterno"), o que hay que guardar riguroso silencio dada la proximidad de un hospital o, finalmente y sobre todo, que la calle es de sentido único: la afluencia de vehículos automóviles es tal que la circulación sería casi imposible si no se hubiera cogido la costumbre, desde hace algunos años y en la mayoría de las aglomeraciones urbanas, de obligar a los automovilistas a no circular más que en una sola dirección, lo cual evidentemente les obliga a realizar a veces importantes desvíos.

En algunos cruces considerados particularmente peligrosos, la comunicación entre las aceras y la calzada, que suele ser normalmente libre, está prohibida por medio de estacas metálicas enlazadas con cadenas; estacas idénticas plantadas en las aceras sirven a veces incluso para impedir que los vehículos vengán a aparcar en las aceras, cosa que harían a menudo si no se les impidiera. En fin, en ciertas circunstancias –desfiles militares, paso de jefes de estado, etc.– trozos enteros de calzada pueden estar prohibidos por medio de barreras metálicas ligeras que se imbrican las unas en las otras.

En algunos lugares de las aceras unas desnivelaciones en arco circular, familiarmente llamadas "barcos", indican que vehículos automóviles pueden estar aparcados en el interior de inmuebles y que conviene dejarles permanentemente la posibilidad de salir; en otros lugares, unos pequeños azulejos encastrados en el reborde de las aceras indican que aquella porción de acera está reservada al estacionamiento de coches de alquiler.

La unión de la calzada y de las aceras tiene el nombre de cuneta: se trata de una zona ligeramente inclinada, gracias a la cual las aguas de lluvia pueden fluir hacia el sistema de alcantarillado que se encuentra debajo de la calle, en lugar de extenderse a todo lo ancho de la calzada, lo cual fastidiaría considerablemente la circulación automóvil. Durante varios siglos sólo hubo una cuneta y se encontraba en medio de la calzada, pero todo el mundo está de acuerdo en considerar que el sistema actual está mejor adaptado. A falta de agua de lluvia, el mantenimiento de las calzadas y de las aceras está asegurado gracias a tomas de agua que se hallan instaladas en casi todos los cruces de calles y que se abren por medio de llaves en forma de T de las que van provistos los empleados municipales encargados de la limpieza de las calles.

En principio siempre es posible pasar de un lado a otro de la calle utilizando pasos protegidos que los vehículos automóviles sólo deben franquear con extrema precaución. Estos pasos protegidos están señalizados, bien sea con dos series paralelas, perpendiculares al eje de la calle, de clavos metálicos cuya cabeza tiene un diámetro de más o menos doce centímetros, de donde viene el nombre de "pasos de clavos" que se da a estas zonas protegidas, bien sea con anchas bandas de pintura dispuestas oblicuamente todo a lo ancho de la calle (entonces se llaman pasos *materializados*). El sistema de pasos de clavos o materializados no parece tener ya la eficacia que tuvo sin duda en otro tiempo, y a menudo es necesario añadirle un sistema de luces de señalización de tres colores (rojo, naranja y verde) que al multiplicarse han provocado problemas de sincronización extraordinariamente complejos, para resolver los cuales trabajan sin descanso algunos de los ordenadores más grandes del mundo y algunas de las inteligencias consideradas como las más brillantes de nuestra época.

En diferentes lugares, unas cámaras teledirigidas vigilan lo que está ocurriendo: hay una encima de la Cámara de los Diputados, justo bajo la gran bandera tricolor; otra en la plaza Edmond Rostand, en el eje del bulevar Saint-Michel; también hay otras en Alésia, en la plaza Clichy, en la Châtelet, en la plaza de la Bastille, etc.

2

En la calle Linné he visto a dos ciegos. Andaban cogidos por el brazo. Ambos llevaban largos bastones extremadamente flexibles. Uno de los dos era una mujer de unos cincuenta años, el otro un hombre muy joven. La mujer iba rozando con el extremo de su bastón todos los obstáculos verticales que se alzaban a lo largo de la acera y, guiando el bastón del joven, se los hacía tocar de la misma manera indicándole, muy deprisa y sin equivocarse nunca, de qué obstáculos se trataba: una farola, una parada

de autobús, una cabina telefónica, una papelería, un buzón, un panel de señalización (no ha podido precisar lo que señalaba el panel evidentemente), un semáforo...

3

Trabajos prácticos

Observar la calle de vez en cuando, quizá con un esmero un poco sistemático.

Aplicarse. Tomarse su tiempo.

Anotar el lugar: la terraza del café cerca del cruce Bac-Saint-Germain.

la hora : las siete de la tarde
la fecha : quince de mayo de 1973
el tiempo : seguro que bueno

Anotar lo que se ve. Aquello que sea importante. ¿Sabemos ver lo que es importante?
¿Hay algo que nos llame la atención?

Nada nos llama la atención. No sabemos ver.

Hay que ir más despacio, casi torpemente. Obligarse a escribir sobre lo que no tiene interés, lo que es más evidente, lo más común, lo más apagado.

La calle: tratar de describir la calle, de qué está hecha, para qué sirve. La gente en las calles. Los coches. ¿Qué tipo de coches? Los inmuebles: anotar si son más bien confortables, más bien señoriales; distinguir entre los inmuebles de viviendas y los edificios oficiales. Las tiendas. ¿Qué se vende en las tiendas? No hay tiendas de alimentación. ¡Ah! sí, hay una panadería. Preguntarse dónde hace la compra la gente del barrio.

Los cafés. ¿Cuántos cafés hay? Uno, dos, tres, cuatro. ¿Por qué se ha elegido éste? Porque lo conocemos, porque le da el sol, porque tiene un estanco. Los demás comercios: anticuarios, ropa, hi-fi, etc. No decir, no escribir "etc.". Obligarse a agotar el tema, incluso si tiene aspecto grotesco, o fútil, o estúpido. Todavía no hemos mirado nada, sólo hemos repertoriado lo que desde hacía tiempo habíamos repertoriado.

Obligarse a ver con más sencillez.

Descubrir un ritmo: el paso de los coches: los coches llegan por paquetes porque arriba o debajo de la calle han estado parados en los semáforos.

Contar los coches.

Mirar las matrículas de los coches. Distinguir los coches matriculados en París y los demás.

Anotar la ausencia de taxis a pesar de que precisamente parece que hay numerosas personas que los esperan.

Leer lo que está escrito en la calle: columnas Morris, quioscos de periódicos, anuncios, paneles de circulación, graffiti, octavillas tiradas en el suelo, rótulos de los comercios.

Mujeres guapas.

Los tacones demasiado altos están de moda.

Descifrar un trozo de ciudad, deducir evidencias: la obsesión por la propiedad, por ejemplo. Describir la cantidad de operaciones que realiza el conductor de un vehículo automóvil cuando aparca solamente para ir a comprar cien gramos de dulce de frutas:

- aparcar haciendo una cierta cantidad de maniobras
- quitar el contacto
- retirar la llave, lo cual pone en marcha un primer dispositivo antirrobo
- extraerse del vehículo

- subir la ventanilla de la puerta delantera de la izquierda
- ponerle el seguro
- verificar que la puerta trasera izquierda tiene puesto el seguro; si no: abrirla
 - accionar el seguro desde el interior
 - cerrar de un portazo
 - verificar que en efecto está bloqueada
- dar una vuelta alrededor del coche; como mínimo, verificar que el maletero está bien cerrado con llave
- verificar que la puerta trasera derecha está bloqueada; si no, realizar de nuevo el conjunto de operaciones ya efectuado con la puerta trasera izquierda
- subir la ventanilla de la puerta delantera derecha
- cerrar la puerta delantera derecha
- poner el seguro
- antes de alejarse, echar una mirada circular como para asegurarse de que el coche aún está ahí y que nadie vendrá a llevárselo.

Descifrar un trozo de ciudad. Sus circuitos: ¿por qué los autobuses van de tal sitio a tal sitio? ¿Quién elige los itinerarios, y en función de qué? Acordarse de que el trayecto de un autobús parisense *intra-muros* está definido por un número de dos cifras, de las que la primera hace referencia a la parada central y la segunda a la periférica. Encontrar ejemplos, encontrar excepciones: todos los autobuses cuyo número comienza por la cifra 2 parten de la estación de Saint-Lazare, por la cifra 3 de la estación del Este; todos los autobuses cuyo número termina con un 2 llegan grosso modo hasta el distrito 16 o hasta Bologne. (Antes se usaban letras: la S, que tanto le gustaba a Queneau, ahora es el 84; conmoverse con el recuerdo de los autobuses de plataforma, la forma de los billetes, el cobrador con su maquinita sujeta a la cintura...)

La gente en la calle: ¿de dónde vienen? ¿a dónde van? ¿quiénes son?

Gente con prisa. Gente sin prisa. Paquetes. Gente prudente que ha sacado el impermeable. Perros: son los únicos animales visibles. No se ven pájaros –sin embargo sabemos que hay pájaros– tampoco se les oye. Podríamos vislumbrar un gato deslizándose bajo un coche, pero en realidad este hecho no se produce.

Total, que no pasa nada.

Tratar de clasificar a la gente: los que son del barrio y los que no son del barrio. No parece que haya turistas. La época no se presta, y además el barrio no es especialmente turístico. ¿Cuáles son las curiosidades del barrio? ¿La casa de Salomon Bernard? ¿La iglesia de Saint-Thomas-d'Aquin? ¿El n° 5 de la calle Sébastien-Bottin?

El tiempo pasa. Beberse la caña. Esperar.

Notar que los árboles están lejos (allí, en el bulevar Saint-Germain y en el bulevar Raspail), que no hay cines, ni teatros, que no se ve ninguna obra aparente, que la mayoría de las casas parecen haber obedecido las prescripciones de revocado de fachadas.

Un perro, de una especie rara (¿galgo afgano? ¿galgo africano?)

Un land-rover que parece equipado para atravesar el Sáhara (así y todo, anotamos sólo lo insólito, lo particular, lo miserablemente excepcional: habría que hacer lo contrario).

Continuar

Hasta que el lugar se haga improbable

hasta tener la impresión, durante un brevísimo instante, de estar en una ciudad extranjera o, mejor aún, hasta no entender ya lo que pasa o lo que no pasa, que el lugar se convierta en un lugar extranjero, que incluso ya no se sepa que esto se llama una ciudad, una calle, inmuebles, aceras...

¡Que caigan lluvias diluvianas, romperlo todo, que crezca la hierba, cambiar la gente por vacas, ver cómo aparece King-Kong o la rata fortificada de Tex Avery en el cruce de la calle Bac y el bulevar Saint-Germain, cien metros por encima de los tejados!

O también: esforzarse por imaginar, con la mayor precisión posible, bajo la red de calles, el embrollo de cloacas, el paso de las líneas de metro, la proliferación invisible y subterránea de conductos (electricidad, gas, líneas telefónicas, conducciones de agua, red neumática sin la cual la vida sería imposible en la superficie).

Por debajo, justo por debajo, resucitar el eoceno: la caliza de cantera, las margas y los guijarrales, el yeso, la caliza lacustre de Saint-Ouen, las arenas de Beauchamp, la caliza tosca, las arenas y los lignitos de la zona de Soissonnais, la arcilla plástica, la creta.

4

O bien:

Borrador de carta

Pienso en ti, a menudo

de vez en cuando vuelvo a un café, me siento cerca de la puerta, pido un café

sobre el velador de mármol de imitación coloco cuidadosamente mi paquete de cigarrillos, una caja de cerillas, un bloc, mi rotulador

estoy removiendo un rato la cucharilla en la taza de café (sin embargo no echo azúcar al café, me lo bebo dejando que el azúcar se funda en la boca, como la gente del norte, como los rusos y los polacos cuando beben té)

Hago como si estuviera preocupado, como si reflexionara, como si tuviera que tomar una decisión

En la parte de arriba y a la derecha de la hoja de papel pongo la fecha, a veces el lugar, otras veces la hora, hago como que escribo una carta

escribo lentamente, muy lentamente, lo más lentamente posible, trazo, dibujo cada letra, cada acento, verifico los signos de puntuación

miro atentamente un cartelito, las tarifas de los helados y pastelillos, un herraje, una persiana, el cenicero amarillo, hexagonal (de hecho se trata de un triángulo equilátero, en cuyos ángulos cortados se han hecho las depresiones en semicírculo donde pueden colocarse los cigarrillos)

Fuera brilla un poco el sol

el café está casi vacío

dos revocadores de fachadas beben un ron en la barra, el dueño dormita detrás de la caja, la camarera limpia la cafetera

pienso en ti

vas andando por la calle, es invierno, levantas el cuello de tu abrigo de lobo, estás sonriente y lejana

(...)

5

Los lugares

(Notas sobre un trabajo que estoy haciendo)

En 1969 seleccioné en París 12 lugares (calles, plazas, cruces, un pasaje) en los que había vivido, o a los que me unían recuerdos muy particulares.

Me propuse hacer cada mes la descripción de dos de estos lugares. Una de estas descripciones se hace en el mismo lugar y lo más neutra posible: sentado en un café o andando por la calle, con un cuaderno y un bolígrafo en la mano, trato de describir las casas, los comercios, la gente con la que me encuentro, los carteles y, de un modo general, todos los detalles que atraen mi mirada. La otra descripción se hace en un

sitio diferente del lugar: entonces trato de describir el lugar de memoria y de evocar todos los recuerdos relacionados con él que se me ocurre, sean acontecimientos que ocurrieron allí, sea gente que encontré allí. Cuando están terminadas estas descripciones, las meto en un sobre y lo sello con cera. En algunas ocasiones me he hecho acompañar al lugar que estaba describiendo por uno o una amigo(a) fotógrafo(a) que, libremente o siguiendo mis indicaciones, ha tomado fotos que he metido en los sobres correspondientes, sin mirarlas (salvo una tan sólo); también en alguna ocasión he metido en estos sobres diversos elementos que más tarde serían susceptibles de servir como testimonio, por ejemplo billetes de metro, o bien tickets de consumo, o entradas de cine, o prospectos, etc.

Cada año comienzo de nuevo estas descripciones teniendo cuidado, gracias a un algoritmo que ya he citado (bi-cuadrado latino ortogonal, éste de orden 12), primeramente, de describir cada uno de estos lugares en un mes diferente del año, luego, de no describir el mismo mes el mismo par de lugares.

Esta empresa, que se parece un poco en su principio a las "bombas de tiempo", durará doce años, hasta que todos los lugares hayan sido descritos dos veces doce veces. Como el año pasado estuve demasiado preocupado por el rodaje de "Un homme qui dort" (en el que aparecen además la mayoría de estos lugares), me he saltado el año 73 y entonces no tendré los 288 textos producto de esta experiencia hasta 1981 (a menos que sufra otro retraso...). Entonces sabré si valía la pena: lo que espero en efecto no es otra cosa que dejar huella de un triple envejecimiento: el de los lugares mismos, el de mis recuerdos y el de mi escritura.

En la urbe contemporánea se nota una tendencia al renacimiento de los pasajes antiguos. Ya no deben construirse en el centro, por supuesto, y pueden estar en los grandes centros comerciales (*malls*) de los suburbios o junto a la autopista. Puede apuntarse que las nuevas galerías cubiertas son los verdaderos herederos de los pasajes, porque combinan las plazas abiertas, famosas en los años setenta y ochenta, con las galerías pasaderas. Y en medio de estas construcciones gigantescas hay un espacio como ágora para descansar, comer y beber, o para entrar en un cibercafé y moverse por otras ciudades virtuales como un ultramoderno *flâneur*, *azotacalles* o *pata de perro*.

Actividad

Haced un ejercicio de *deriva urbana*, de un par de horas y según el modelo situacionista: pasead por las calles y procurad perderos, evitando todos los referentes conocidos (nombres de calles, direcciones, preguntas a los viandantes, etc.).

Resumen

Hemos presentado una crónica y problematización del espacio urbano. Mediante la estrategia de plantear algunos ejes históricos y conceptuales, hemos visto aparecer a lo largo del módulo las distintas caras de la idea del ámbito urbano y sus configuraciones, sobre todo desde finales del siglo XIX y hasta la actualidad. También se nos han planteado algunas formas de la identidad urbana típicas de cada época y que hemos introducido como personajes liminares.

Conceptos como lo urbano y el espacio frente a los lugares nos han servido para plantear la relación entre el cuerpo y el espacio urbano, entendiendo que la ciudad sólo se puede explicar desde el punto de vista de los habitantes, de sus practicantes y creadores. Esto, a contrapelo de la idea vaga de que lo urbano se reduce a la materialidad, desangelada, de la arquitectura, las vialidades, las propuestas materiales. Por el mismo motivo, hemos procurado la aparición de la relación polémica entre el urbanismo y la psicología, y su expresión mediante la presentación de la urbe como una forma de vida, al estilo de Simmel.

Como consecuencia, hemos partido de la idea de metrópolis como forma característica de la urbanidad contemporánea, para plantearnos y discutir algunas apariencias de la ciudad: como ciudad-panorama, como ciudad-museo, como ciudad-concepto y como metápolis. Para el efecto, hemos recurrido a las propuestas analíticas de Certeau, quien distingue la práctica como cartógrafo, es decir, como planeador y experto; y como narrador, esto es, como practicante y cronista de la vida urbana, entendiendo que esta última forma se inscribe mejor en la psicología urbana.

La introducción al debate acerca de las tensiones analíticas en el terreno de lo urbano nos ha permitido analizar sus expresiones como personajes de la urbe. A nuestro parecer, las estrategias basadas en la contemplación de la urbe y las que se sostienen sobre la idea de intervención como prácticas de espacio han deambulado en una trayectoria innovadora. Para demostrarlas hemos recurrido a la personificación de los nuevos habitantes de la urbe: los que recurren al paseo ocioso, como el *flâneur* descrito por Baudelaire y Benjamin; y los viandantes o transeúntes, como actores más activos en la apropiación y la transformación del espacio urbano.

La narración efectuada en este módulo nos ha servido para comprender la descripción y la planeación urbana como formas icarianas de la intervención psicosocial, y la forma de intervención de corte odiseico, del investigador co-

mo actor en el juego de estas prácticas. Como es natural, la conclusión puede ser entendida como la apología del paseante como personaje ineludible de nuestras ciudades y como nuestra propuesta de intervención urbana.

Actividades

- Escribid una narración de la *deriva urbana*, utilizando el tono más metafórico que podáis. Tiene que ser una crónica clara, amena y documentada del proceso de paseo. Es decir, un relato del ámbito urbano, y en un máximo de dos o tres hojas.
- Haced un boceto de un modelo de intervención urbana desde una psicología basada en el modelo de la narración.

Bibliografía

Bibliografía básica

- Benjamin, W. (1998). *Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II* (ed. original 1972). Madrid: Taurus.
- Certeau, M. de (2000). *La invención de lo cotidiano*. Vol. 1: *Artes de hacer* (ed. original 1980). México: Universidad Iberoamericana/ITESO.
- Perec, G. (2001). *Especies de espacios* (ed. original 1974). Barcelona: Ediciones de Intervención Cultural.
- Sennett, R. (1997). *Carne y piedra* (ed. original 1994). *El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza.
- Simmel, G. (1934). *Filosofía de la coquetería, cultura femenina y otros ensayos* (ed. original 1912). Buenos Aires: Espasa Calpe (Colección Austral).
- Simmel, G. (1977). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización* (ed. original 1908; 2 vols.). Madrid: Biblioteca de la Revista de Occidente.
- Simmel, G. (1988). *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos* (ed. original 1911). Barcelona: Península.
- Simmel, G. (2001). *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura* (ed. original 1957). Barcelona: Península.
- Virilio, P. (1997). *El ciber mundo, la política de lo peor*. Madrid: Cátedra.

Bibliografía complementaria

- Amendola, G. (2000). *La ciudad postmoderna. Magia y miedo de la metrópolis contemporánea* (ed. original 1997). Madrid: Celeste Ediciones.
- Augé, M. (1987). *El viajero subterráneo. Un etnólogo en el metro* (ed. original 1985). Barcelona: Gedisa.
- Augé, M. (1996a). *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos* (ed. original 1994). Barcelona: Gedisa.
- Augé, M. (1996b). *El sentido de los otros. Actualidad de la antropología* (ed. original 1994). Barcelona: Paidós.
- Bataille, G. (1993). *Historias del ojo* (ed. original 1928/1967). Barcelona: Tusquets.
- Bataille, G. (1997). *El erotismo* (ed. original 1957). Barcelona: Tusquets.
- Baudelaire, C. (1998). *Au-delà du romantisme. Écrits sur l'art* (ed. original 1865). París: GF Flammarion.
- Benjamin, W. (1989). *Parigi, capitale del XIX secolo y "passages" di Parigi* (ed. original 1982). Torino: Giulio Einaudi editore.
- Borja, J. y Muxí, Z. (2003). *El espacio público: ciudad y ciudadanía*. Barcelona: Diputació Barcelona/Electa.
- Borges, J. L. (1997a). *Historia universal de la infamia* (ed. original 1935). Madrid: Alianza.
- Borges, J. L. (1997b). *Historia de la eternidad* (ed. original 1953). Madrid: Alianza.
- Cacciari, M. (1973). *Metropolis. Saggi sulla grande città di Sombart, Endell, Scheffler e Simmel*. Roma: Officina Edizioni.
- Certeau, M. de (1990). *L'invention du quotidien. 1. Arts de faire* (ed. original 1980). París: Gallimard.
- Delgado, M. (1999). *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- Dery, M. (1998). *Velocidad de escape. La cibercultura en el final del siglo* (ed. original 1995). Madrid: Siruela.

- Foucault, M. (1990). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (ed. original 1975). Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1994). *Dits et écrits* (4 vols.). París: Gallimard.
- Frisby, D. (1992). *Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin* (ed. original 1985). Madrid: Visor.
- Giard, L. y Mayol, P. (1980). *L'invention du quotidien, 2, Habiter, Cuisiner*. París: Union Générale d'Éditions.
- Halbwachs, M. (1997). *La mémoire colective* (ed. original 1950). París: Albin Michel.
- Hannerz, U. (1993). *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana* (ed. original 1980). México: Fondo de Cultura Económica.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural* (ed. original 1990). Buenos Aires: Amorrortu.
- Heidegger, M. (1980). *El ser y el tiempo* (ed. original 1927). México: Fondo de Cultura Económica.
- Joseph, I. (1988). *El transeúnte y el espacio urbano. Ensayo sobre la dispersión del espacio público* (ed. original 1984). Buenos Aires: Gedisa.
- Lefebvre, H. (1974). *La production de l'espace social*. París: Anthropos.
- Lefebvre, H. (1999). *Writings on Cities* (ed. original 1996). Oxford: Blackwell.
- Maffesoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas* (ed. original 1988). Barcelona: Icaria.
- Maffesoli, M. (1997). *Du nomadisme. Vagabondages initiatiques*. París: Librairie Général Française.
- Merleau-Ponty, M. (1975). *Fenomenología de la percepción* (ed. original 1945). Barcelona: Península.
- Mora, M. (1995). *Escenografías urbanas y personajes transparentes. Esbozo para una psicología de la cultura urbana*. Proyecto inédito de investigación. Guadalajara, México: Departamento de Estudios Socio-Urbanos.
- Mora, M. (1996, julio-agosto). El centro urbano como atmósfera de Giorgio de Chirico. *Juglares y Alarifes*, 7.
- Mora, M. (1997). *El parpadear de Ícaro*. México: Fondo Editorial Tierra Adentro, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Mora, M. (1998). *Maneras de mirar el espacio. Un ensayo sobre artefactos, trashumancias y extranjeros*. Trabajo de investigación. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Mora, M. (1999). *Horizontes urbanos y quimeras proteiformes. Psicología impresionista de los personajes liminales*. Tesis doctoral inédita. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Panofsky, E. (1995). *La perspectiva como forma simbólica* (ed. original 1927). Barcelona: Tusquets.
- Perec, G. (1995). *Tentative d'épuisement d'un lieu parisien* (ed. original 1972). París: Christian Bourgois.
- Perec, G. (1992). *La vie mode d'emploi* (ed. original 1978). París: Hachette.
- Sennett, R. (1986). *El declive del hombre público* (ed. original 1977). Barcelona: Península.
- Sennett, R. (1993). *The Conscience of the Eye. The Design and Social Life of Cities* (ed. original 1990). Londres: Faber and Faber.
- Simmel, G. (1987). *Philosophie de l'argent* (ed. original 1900). París: Presses Universitaires de France.

Simmel, G. (1991). *Sociologie et épistémologie* (ed. original 1981). París: Presses Universitaires de France.

Simmel, G. (1998). *Rome, Florence, Venise*. París: Éditions Allia.

Sloterdijk, P. (1998). *Extrañamiento del mundo* (ed. original 1993). Valencia: Pre-Textos.

Virilio, P. (1997). *La velocidad de la liberación* (ed. original 1995). Buenos Aires: Manantial.

Virilio, P. (1998a). El reino de la delación óptica. *Debats*, 62-63, otoño.

Virilio, P. (1998b). Hay que defender la historia. *El Paseante. La revolución digital y sus dilemas*, 27-28.

Virilio, P. (1999). *La bomba informática* (ed. original 1998). Madrid: Cátedra.

Hipervínculos

Michel Foucault: <http://foucault.info/>

Michel de Certeau: <http://www.jesuites.com/histoire/certeau.htm>

Charles Baudelaire: <http://www.poetes.com/baud>

Georg Simmel: http://socio.ch/sim/index_sim.htm

Jorge Luis Borges: <http://www.tinet.org/~elebro/poe/borges/Borges.html>

Jorge Luis Borges: <http://www.hum.au.dk/romansk/borges>

Jorge Luis Borges: <http://www.literatura.org/Borges/Borges.html>

Walter Benjamin: <http://www.wbenjamin.org/walterbenjamin.html>

Richard Sennett: <http://www.lse.ac.uk/people/r.sennett@lse.ac.uk>

Krzysztof Wodiczko: <http://www.mit.edu:8001/afs/athena.mit.edu/course/4/4.395/www/krystof/krystof.html>

Paul Virilio: <http://www.infoamerica.org/teoria/virilio1.htm>

James Joyce: <http://www.jamesjoyce.ie>

Georges Perec: <http://www.iespana.es/tijeretazos/Alexanderplatz/Perec/Perec000.htm>